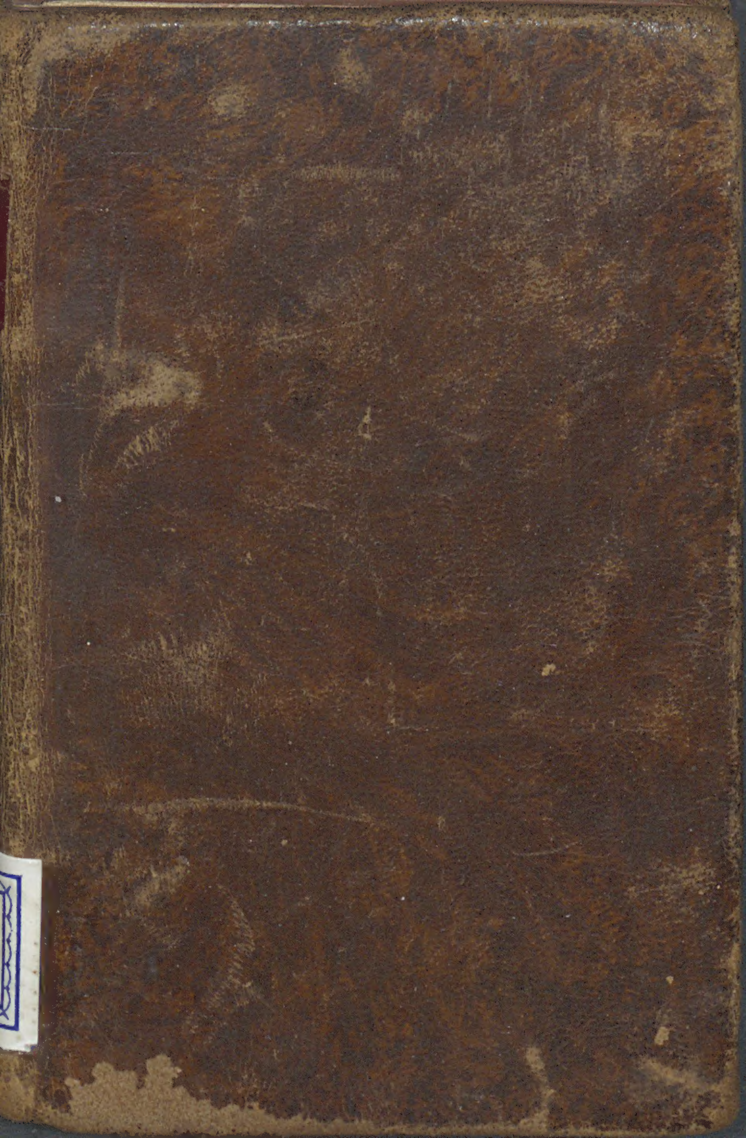
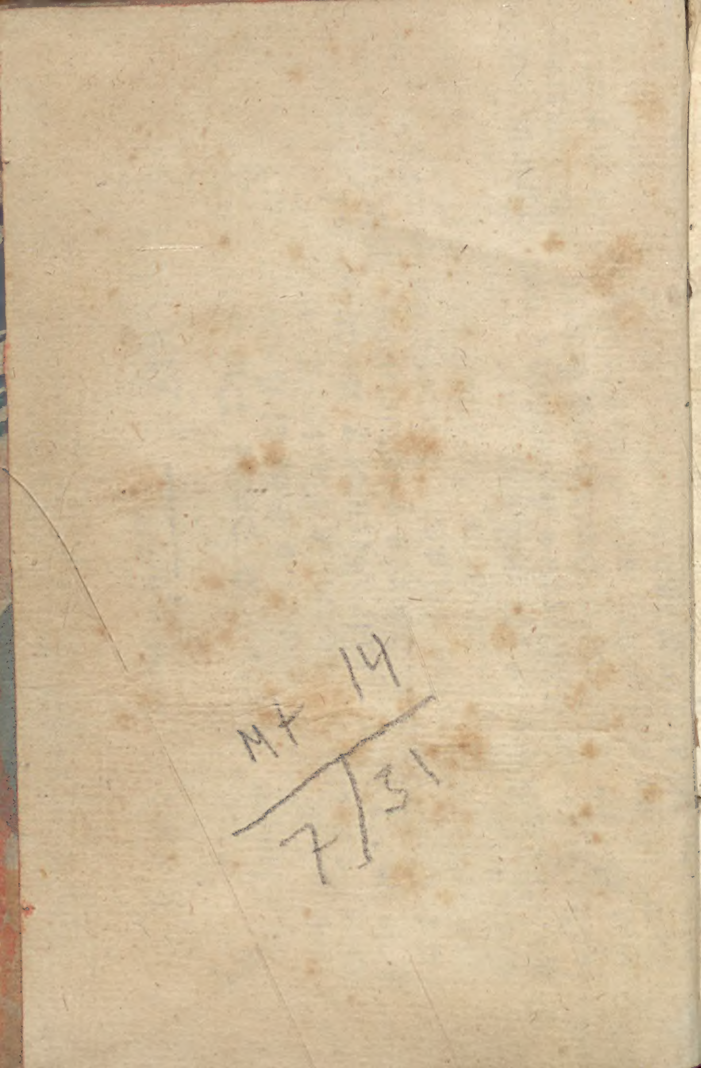







14

LAS TARDES DE LA GRANJA, Ó LAS LECCIONES DEL PADRE.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA.

TOMO PRIMERO.

MADRID
POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1811.



hermosura de la naturaleza. Aquí un bosque, impenetrable á los rayos del sol, convidaba al filósofo á la meditacion: allí prados extendidos ofrecian á los corderillos yerbas sabrosas y siempre renacientes: mas léjos, unos antiguos sauces hacian sombra con sus frondosas ramas á un arroyuelo que murmurando, miéntras corria entre guijas y pizarras, se precipitaba en un canal, cuya superficie adornaban graciosos grupos de aves aquatiles. En una palabra, todo en este si-

tio llamaba al trabajo, é inclinaba á la admiracion y al recogimiento.

Palemon habia perdido una esposa que adoraba, quedándole quatro hijos, preciosas prendas de la union mas dulce: y queria que la sociedad le agradeciese algun dia, en sus quatro hijos, tres ciudadanos virtuosos y una madre de familia que fuese exemplo de su sexô. Armando y Adela, sus hijos mayores, habian estado siempre en su compañía: los otros, desde muy niños, habian corrido

á cargo de una parienta, que habia suplido las veces de su madre; pero esta respetable muger acababa de morir. Palemon habia traido á sus hijos, y no queria que volviesen á salir de sus brazos. Ayudado de la buena Marcela, su antigua ama de gobierno que le habia visto nacer, esperaba darles una educacion natural, tan fundada sobre el estudio como sobre la experiencia. Su plan era raro; pero resolvió seguirle con firmeza, persuadido á ser este el único cuidado á que debia aten-

der. Pensaba que despues de haber velado sobre las producciones de la naturaleza, no podia emplear mejor los últimos años de su vida que en la enseñanza de sus hijos, proporcionando sus facultades físicas y morales á la mayor utilidad del Estado. Para esto poseia todo quanto necesitaba: su huerta le ofrecia mil sitios diferentes para instruirlos en la gimnástica: su granja incluia todo género de trabajos y ocupaciones: su situacion á orillas de un gran camino, á dos pasos de un

bosque sombrío y muy extendido, le permitia todas las experiencias que quisiese hacer con sus jóvenes discípulos. Palemon era adorado de todos los habitantes de su pueblo: todos podian ayudarle en su empresa, y le habian prometido entrar en su vasto plan de educacion: todos, en una palabra, pensaban, como Palemon, que no hay ocupacion mas dulce que la de formar hombres virtuosos.

Baxo de estas suposiciones, recapitulemos los personages que

entran principalmente en la obra.

Palemon, padre de familia; *Marcela*, antigua ama de gobierno de la casa; *Armando*, el mayor de los hijos, de quince años; *Adela* de catorce, *Benito* de trece, y *Leon* de doce: ademas el huerfanito *Julio* de trece años y medio, adoptado por Palemon y criado á su vista con Armando y Adela.

Todas las tardes al ponerse el sol se reunia esta apreciable familia en la granja, y allí se la veia ocuparse incesantemente tanto en la teórica como en la prac-

tica de las virtudes. Palemon, cultivando el patrimonio de sus mayores, había cultivado tambien su talento: pintaba, dibujaba, tocaba varios instrumentos; y en fin, tenia principios y libros. ¿Dónde podria hallar mejor maestro para sus hijos?

TARDES

CONTENIDAS EN ESTE PRIMER TOMO.

LAS TARDES DE LA GRANJA.

TARDE PRIMERA.

EL TRABAJO.

La paga de los trabajadores.

Son las siete: la mas hermosa tarde corona el dia mas apacible del otoño: la naturaleza, llena de magestad y hermosura, como el padre de familias en medio de sus hijos, espera silenciosa el rocío de la noche, que con su frescura reanime los vegetales que ha marchitado el ca-

lor del dia: y el sol dexa nuestro emisferio para alumbrar en otro que suspira por su luz vivificante. Esta es para los buenos agricultores la hora del descanso, y para el virtuoso Palemon es la del estudio.

Padres de familias, y vosotros maestros zelosos y filósofos, venid á ver este venerable anciano: venid á verle rodeado de sus hijos, sentarse en medio de ellos á la puerta de su rústica habitacion, junto al pequeño bosquecillo que por sus manos ha plantado y adornado con mil géneros de olorosas flores. Allí va á dictar lecciones de

sabiduría y de virtud á las interesantes criaturas, que un dia deben salir tan puras de sus manos como el diamante que sale labrado y refulgente de las del lapidario. Allí es en fin donde vereis al hombre virtuoso trabajar en la obra mas bella que nos prescriben Dios y la sociedad, qual es la educacion.

Sentado Palemon en medio de sus jóvenes discípulos, y con ellos la buena Marcela, su ama de gobierno, ocupada en labores útiles á la economía doméstica, satisfecho de que su auditorio le presta suficiente atencion, le dirige este discurso:

Hijos mios, ¡qué dulce es para mi corazon este momento en que os veo reunidos en mi presencia! ¡Quánto se complace mi alma en poder abrazaros á todos, y en ver cerca de su hermano y hermana otros dos hijos igualmente amados de su padre! Benito, Leon, ¿qué pensais? ¿No estais mas contentos en vuestra actual situacion? La muerte os ha arrebatado una bienhechora que nunca debeis olvidar; pero yo os he reunido en mi seno. Vais á vivir conmigo, con Armando, Adela y el pequeño Julio, este interesante huerfanillo que he adoptado, y á quien en breve amareis como á un

nuevo hermano que os ha enviado la naturaleza. Hijos y amigos mios, vivid siempre unidos, y nunca turbe vuestro tierno y recíproco amor rivalidad alguna. Viendo estais á Julio, é ignorais sus desgracias. Voy á referirlas; y si la sensibilidad os arrancare lágrimas, dexadlas correr libremente. ¡Léjos de mí aquel frio y despreciable estoicismo que secando el llanto que produce la ternura, impide la dilatacion de una alma conmovida del infortunio! La naturaleza ha dado al hombre la facultad de derramar lágrimas, y debe verterlas sobre las desventuras de sus semejantes.

Todos me escuchais: ¿no es así? Voy pues á contaros esta historia, en la qual conocereis que todos hemos nacido para trabajar; y que el ocioso causa freqüentemente su propio infortunio y el de toda su familia.

Era Bernardo un jóven de esta comarca destinado al trabajo, pero á quien su padre habia criado en la ociosidad; y así Bernardo en vez de socorrerle y quitarle de las manos el arado que ya no podia manejar, pasaba los dias enteros sentado descuidadamente sobre un banco á la puerta de su habitacion. No era Bernardo disipado, no era

vinoso, ni aun freqüentaba sociedad alguna de las de su pueblo; pero le dominaba la pereza, y la hora del desayuno le hallaba todavia en su lecho. Se levantaba quando ya el sol habia corrido la mitad de su carrera, y pasaba el resto del dia paseándose, ó bostezando á la puerta de su alvergue, como os llevo dicho. ¿Te ries, Leon? ¿te ries tambien Armando? mucho me gustan, hijos mios; esas señales de desprecio que manifestais respecto de conducta tan indigna de un hombre, y mas de un labrador, pues significan que detestais la holgazanería de Bernardo tanto como ella

le hizo detestable á los ojos de todos sus convecinos. Su anciano padre no tenia bastante resolucion para servirse de su autoridad y precisarle al trabajo. Bernardo no le atendia, y aun se propasaba á tratarle con tanta dureza, que abrevió sus cansados dias y le conduxo al sepulcro. Sí, hijos mios, este buen padre, desamparado de haber dado la vida á un hombre inútil á sus semejantes (porque el perezoso lo es aun para sí propio) enfermó de pesar, y murió una mañana sin el consuelo de ver á su hijo porque este todavia estaba durmiendo.

Bien adivinareis que este triste suceso mudó algo el plan de conducta del indolente Bernardo. Le fué preciso arreglar sus negocios, y tuvo poco que trabajar porque todo estaba arreglado. Su virtuoso padre le habia dexado su quinta y algunas aranzadas libres de toda deuda y obligacion. Consideradle ya dueño de sí propio, y tambien casado: pues uno de sus vecinos, antiguo amigo de su padre, habia creido fixarle y precisarle á que reflexîonase sobre la necesidad del trabajo, dándole por esposa una hija jóven, modesta, económica y llena de mil gracias. Era de esperar que Bernar-

do, á vista de las inmensas obligaciones que contraia respecto de la naturaleza y de la sociedad, abandonase la indolencia, aplicándose para sostener su casa y criar su familia. ¡Vana esperanza! Los vicios de la juventud muy rara vez se dexan en la edad madura. Bernardo era padre, era esposo, y sin embargo veia tranquilamente desmejorarse la preciosa herencia de sus padres. La naturaleza, que quiere que el hombre bañe con su propio sudor el pan que le contribuye, le negaba las producciones que solamente concede á los que fertilizan sus campos. Las yerbas dañosas cu-

brían sus heredades, en su huerta no se hállaba ni la hortaliza mas despreciable, sus establos estaban desiertos, sus corrales sin el menor habitador; y se veia precisado á recurrir á sus vecinos para obtener de ellos la legumbre mas simple y que exîge ménos cultura.

No podia vivir así y desempeñar sus obligaciones. En vano á sus pies su esposa le suplicaba que fuese mas aplicado y activo, pues el fruto era verse maltratada, y que volase á la taberna á estarse bebiendo hasta la noche, aunque hacia poco que habia contraido este defecto, conseqüencia casi precisa de su

ociosidad. Al cabo de algunos años este hombre vil y despreciable se vió sumergido en un mar de dudas; y su suegro que tuvo la bondad de salir fiador, se arruinó. Contraxo Bernardo nuevos empeños, y la justicia se apoderó de aquel campo, fértil en otro tiempo y tantas veces regado con el sudor de su padre; de los muebles que Bernardo habia usado sin atender á su conservacion; y en fin de la quinta, ántes tan hermosa y ahora casi desmoronada por todas partes. Su desgraciada esposa, llevando de la mano á su hijo Julio, se vió precisada á abandonar el techo conyugal volviendose á la casa

paterna, maldiciendo mil veces al criminal esposo, causa de sus desgracias... ¿Os estremeceis, hijos mios? pues esperad, que voy á presentaros un quadro todavia mas horroroso.

No sobrellevó Bernardo este golpe terrible con su acostumbrada indolencia; apoderóse de su corazon desnaturalizado el pesar, y prontamente se abandonó á la desesperacion. Despreciado en todas partes y aborrecible á todos, no pudo encontrar ni una miserable plaza de jornalero, pues nadie le admitia temiendo que no la desempeñase. Este hombre criminal, desgraciado por culpa suya, conoció, aunque dema-

siado tarde, la inmensidad del infortunio en que se hallaba abismado, y formó el horrible proyecto de quitarse la vida.

Su pobre esposa, que casi no le veia, estaba una tarde á la orilla del rio ocupada en blanquear algunas ropas para su hijo; jugaba este á corta distancia de su madre; esta se deshacia en lágrimas, pensando en su triste situacion, y suplicaba al cielo que pusiese término á sus males; pero ¡ay! que el cielo la habia escuchado... De repente se agitan las ondas, arrojan á la playa, junto á la afligida esposa, un objeto, que de pronto no puede distin-



Al trabajoso sudor
Nació el hombre condenado
Desde que, á Dios rebelado,
Perdió su dicha mayor:
Castigo fué, en que el Señor,
Por nuestra eterna salud,
Con tierna solicitud
El trabajo nos prescribe;
Porque donde el ocio vive,
Nunca reina la virtud.

H. Fonseca lo grabó.

guir. Se acerca, ve un cadaver; ¡ó cielos! ¡qué funesto presentimiento! se acerca mas, le exâmina, reconoce á Bernardo, y cae sin sentido. ¡Considérese el espanto del inocente Julio! grita á su madre; se arroja sobre su padre á quien quiere reanimar con el calor de sus besos... en fin, sus penetrantes gritos llaman la atencion de algunos pasageros.

Llegan, se aplican al posible socorro, trasladan á otra parte el desfigurado cuerpo del suicida Bernardo, llevan su desmayada esposa á casa de su padre, donde no recobra la vida sino para dársela á un niño,

que muere pocas horas despues sobre el seno de su madre, la qual no pudiendo sobrevivir á tantas desventuras, exhaló los últimos suspiros entre los brazos de su padre, de su padre desesperado, anciano, enfermo, sin apoyo, sin recursos, y que llora ya en vano haber perdido por su imprudencia una hija virtuosa y adorada.

Julio, el inocente Julio, quedaba huerfanito, pero yo le adopté, hijos mios. Vedle ahí, en vuestros brazos le teneis. ¡O! acariciad á esta tierna criatura, y tened presente siempre el exemplo de su padre para que ameis el trabajo, y eviteis quan-

tos males son necesaria conseqüencia de una vida ociosa, inútil y gravosa no solo para la sociedad, sino mucho mas para los mismos que la siguen.

Acabó Palemon su historia, y todos los muchachos abrazaron estrechamente á Julio. Lloraba éste, y tambien sus hermanos le inundaban en lágrimas de ternura. Los sucesos de Bernardo les habian interesado tanto, que cada uno se proponia no perder jamás de vista este exemplo para arreglar su conducta y hacerse dignos de las lecciones de su respetable padre.

Esta tarde se habia dedicado á

manifestar la necesidad del trabajo, y la felicidad que disfruta el hombre quando llena todas sus obligaciones. Palemon, que ponia siempre el exemplo junto al precepto, eligió una víspera de fiesta para que sus hijos viesen la viva imágen de la actividad y las ventajas que de ella resultan. Veamos cómo se manejó para conseguirlo.

Se ocupaba en significar á su auditorio que el hombre en todas las clases ha nacido para trabajar, que en un gobierno bien organizado trabajan todos, y que de la aplicacion han nacido las artes y los aciertos en todas materias, quando

llamáron á la puerta. Fué á abrir Marcela, y volvió al momento acompañada de varios jornaleros, bañados de sudor y cargados de instrumentos de agricultura.

¡Ola! ¿vosotros sois amigos? les dixo Palemon levantándose: habeis hecho muy bien en venir, pues siendo mañana dia de fiesta, es muy justo pagaros la semana. Sentaos, que vendreis muy fatigados: ¿no es así? pues esperad un instante.

Entró inmediatamente en su granja para tomar el dinero necesario; y entretanto sus hijos exâminaban atentos á los jornaleros que estaban allí sentados sobre la yer-

ba. Benito y Leon particularmente, para los quales era enteramente nuevo este espectáculo, no se cansaban de mirar las figuras soleadas, los nerviosos brazos, el ayre alegre de estos hombres útiles; y pensando en las lecciones de amor al trabajo que acababa de darles su padre, deseaban con ansia adquirir un talento que les diese, como á estas buenas gentes, salud, comodidad y paz interior.

Vuelve Palemon con Marcela, y cargada ésta con un cántaro de vino y una taza, da de beber á todos los peones. El mismo Palemon no se desdeña de brindar á su salud; y este

quadro de bondad y sencillez enternece á los muchachos, que apénas se atreven á respirar para no perder nada de tan agradable escena.

Quando los jornaleros hubieron satisfecho su sed, se sentó Palemon, y pagó á cada uno su salario. Todos trabajaban en su cercado, y le amaban á competencia. Toma, Santiago, dixo á uno; esto es lo que te pertenece: es un verdadero placer el ver á un hombre honrado como tú ganar dinero, y que le sabes emplear: pues me consta que socorres al pobre carretero que está herido: ¿te avergüenzas amigo mio? vaya, no hablemos mas de ello.

Pedro, ¿cómo tienes á tu muger y tus quatro hijos? serán muy buenos trabajadores si se parecen á ti.

Jorge, ¿es posible que quieras abreviar tu vida? despues de haber trabajado para mí todo el dia, ¿vas á emplear una parte de la noche en el molino de Tomas? eso es demasiado: es verdad que además de tu muger y tus hijos, tienes que alimentar á tu anciano padre; pero, gracias á tu actividad, todos disfrutan de regular comodidad, y evitas ser gravoso á tus hijos en tu vejez.

Felipe, dicen que vas á com-

prar la casa y cercado de tu vecino Guillelmo; y es preciso que hayas economizado mucho para poder prepararte con el trabajo un alvergue seguro para la vejez. Muy bien, amigo mio, muy bien: tengo mucho gusto en ocupar á un hombre tan arreglado como tú: ¡ó! los hombres laboriosos nunca carecen de ocupacion: pues solamente á los perezosos confunden la indigencia y la ociosidad vergonzosa.

Así elogiaba Palemon á sus obreros, y en ellos al mérito. Todos le diéron las gracias, y se retiráron prometiéndole, como acostumbraban, madrugar mucho el primer dia

de labor para servirle con toda diligencia y esmero.

Luego tuvo el anciano la satisfaccion de ver que el quadro de la actividad recompensada que acababa de presentar á sus hijos, producia todo el efecto que se habia prometido. Vió brillar en sus ojos el deseo de hacerse un dia amables á la sociedad en fuerza de útiles ocupaciones y de una actividad sin límites; todos le prometieron aprovecharse de las lecciones que les daba, y no olvidar por las artes agradables los oficios honrados y estimables que les enseñaba. Uno era carpintero, otro cerragero, otro

evanista, y otro se ocupaba en la cultura de los dones de Ceres y Pomona. En quanto á la jóven Adela, queria su padre que los cuidados domésticos y los trabajos de su sexô fuesen su única ocupacion, persuadido á que una buena madre de familia es tan recomendable como el artista ú oficial que trabaja fuera para acudir á sus obligaciones y preparar recursos á sus dependientes.

Así se pasó esta tarde, consagrada á las lecciones y al exemplo del trabajo.

Vamos ahora á ver como el anciano Palemon sabia unir el exem-

plo á las lecciones, y que contaba mas sobre la educacion natural-práctica, si así podemos decirlo, que sobre la teórica y puramente clásica.

Virtuosos padres y madres que amais á vuestros hijos, estos dones preciosos de la naturaleza, esta esperanza de la patria y de la prosperidad, venid á casa del anciano Palemon: entrad conmigo en su granja sencilla pero cómoda, á pasar con este respetable hombre todas las tardes que va á consagrar á la formacion de hombres y ciudadanos: este quadro es digno de vuestra atencion: él me inflama y exâlta mi imagina-

cion; y si no os ofrezco un plan completamente ordenado, á lo ménos vereis algunos rasgos morales que os podrán ser provechosos respecto de vuestros dependientes jóvenes. Los buenos principios son útiles en todas partes: la moral del corazon enciende al alma mas tibia, así como un dia apacible regocija aun al hombre mas insensible á los atractivos de la naturaleza.

Quantos esfuerzos, quantos sacrificios hiciereis quedarán ampliamente recompensados, si lograis inspirar en los corazones de vuestros hijos el amor á la virtud; pero no se la pinteis con austeridad sino con

halago ; hacedsela amable ; hacedles conocer sus atractivos, para que por sí mismos la busquen y apetezcan como único recurso para conseguir la paz del àlma, que es la sola verdadera felicidad que se disfruta en la tierra.

TARDE SEGUNDA.

LA BENEFICENCIA.

Aventuras del viejo mendigo.

Pasóse el dia de fiesta entre juegos y placeres: no habia habido leccion: y dedicado totalmente á la diversion y entretenimiento necesario en los muchachos, los nuestros le habian empleado corriendo y traveseando por el campo. Palemon, así como lo habia practicado con su hijo mayor y su hija, á quienes siempre mantuvo en su compañía, les habia hecho á todos algunos regalillos, y

cada qual tenia provista su faltriquera, llevando en esto Palemon el objeto de ver el uso que cada uno haria de su dinero. Además todos los dias de descanso percibian una corta suma, segun la promesa de su anciano padre, el qual creia que es conveniente acostumbrar anticipadamente á los niños á no suspirar por un metal que algun dia debe causarles tantas fatigas y cuidados. En la edad en que no conocen su precio, es preciso, segun Palemon, familiarizarlos con este vínculo del comercio social á fin de evitar la sed ardiente de adquirir, que regularmente, bien léjos de convertirse en ventaja de la emu-

lacion, extravia la juventud y la hace cometer baxezas para tener dinero quando le ha poseido la vez primera.

Tal era el principio de Palemon, el qual, por otra parte, no temia la prodigalidad de sus hijos en un parage donde nada tenian que gastar, y nada podia lisongear sus deseos. Sin embargo es preciso añadir que los regalos que les hacia eran siempre recompensa del trabajo ó de alguna accion virtuosa. El que nada hubiera hecho en la semana, ó hubiese cometido algun crímen doméstico, habria sido privado de su rentita. Con este paliativo no po-

drá censurarse á Palemon porque daba á estos niños un dinero que otros padres desearian que sus hijos le ganasen ántes de poseerle.

La mañana del lúnes se habia pasado en los exercicios ordinarios de los muchachos; y á la caida de la tarde habian todos acudido al pequeño terraplen que servia de límite á la granja, para aprovecharse de las lecciones de su padre que tanto les interesaban. Sentados todos, Palemon no llegaba; Marcela ocupaba su lugar; se puso los anteojos; sacó de su bolsillo un grueso libro, y comenzó una lectura bastante seca acerca de la beneficencia y

de el placer que se experimenta en servir y socorrer á los indigentes y desgraciados.

Apénas la atendian los muchachos porque no tenia, como Palemon, el arte de inspirar respeto y fixar la atencion. Reparaba Marcela que su auditorio bostezaba á menudo, y que volvia sin cesar los ojos hácia la puerta para ver si venia Palemon. Iba ya á manifestar su indignacion, quando de repente un viejo lleno de andrajos se presentó en medio de la asamblea. Encorbado baxo el rigoroso peso de los años, un báculo sostenia sus pasos vacilantes; la blanca barba le cu-

bria el pecho ; sus pies desnudos vertian sangre que le habian hecho derramar las piedras del camino: todo anunciaba en él la caducidad, el dolor y la mas extremada miseria.

Se detuvo; y derramando lágrimas miró á los cinco muchachos, que atónitos al verle, no podian pronunciar una palabra. ¿Qué es esto? exclamó Marcela : ¿qué quereis? ¿qué pedis? ¿por dónde habeis entrado? La puerta no estaba cerrada, respondió el viejo, y me he tomado la libertad de entrar. — ¡Pues no es mal atrevimiento!.... ya se ve... es verdad...,

como yo estaba ocupada!... vaya que me ha causado miedo... pero al fin hablad ¿qué se os ofrece? Vengo á implorar vuestra compasion para con un desdichado viejo y enfermo, que se ve precisado á mendigar el sustento. — ¡Un mendigo! ¡ah! no nos faltan aquí: este es hoy el sexto que ha venido: ¡no se ve otra gente! Idos, amigo, idos: tengo pobres de obligacion. — ¿Con que vuestras limosnas son solo para algunos pobres privilegiados? ¿Con que todos los desgraciados no son vuestros hermanos? — ¡Hermanos mios! ¿qué quereis decirme con eso? Yo tenia dos hermanos, y bellos mo-

zos, otro tanto mas altos que yo: murieron en el exército, y los lloraré toda mi vida: vaya, vaya; retiraos, que yo tengo mil cosas á que atender... ¿apostemos á que no quiere irse?

La vieja iba á empujarle ásperamente hácia la puerta, quando levantándose el jóven Armando la suplicó que tuviese mas humanidad. Nuestro padre, la dixo, nos ha enseñado á respetar los arapos de la miseria, y no permitiremos que trateis con tanta grosería á este venerable anciano.—No, no, exclamaron todos los niños, cogiendo del brazo al mendigo y precisándole á sentarse

en medio de ellos.— Virtüosos niños, les dixo éste: compasivas criaturas, el cielo os bendecirá: tendreis una dichosa ancianidad pues sabeis respetarla. — ¡Bueno! replicó la vieja: él os dirá la buena ventura; arrojad á ese vagamundo; y si habeis de recibir así á todos estos tunantes, yo os aseguro que no os faltarán ocasiones.

Los niños estrechaban al anciano entre sus brazos, y le suplicaban que perdonase las amargas expresiones de Marcela, á tiempo que fixando el en ella la vista, exclamó: ¿me engaño? ¿sois vos Marcela? —Sí, yo soy; pero no os conozco.— ¿No reco-

noceis á Pedro Lebon, antiguo jornalero de vuestro amo Palemon? — ¡Ah! ¡tú eres! ¡qué desconocido estás!... Pero, ¿cómo te atreves á presentarte aquí, despues del indigno modo con que procediste con el hombre mas honrado? te aconsejo que te retires ántes que mi amo vuelva, porque, si se hallase aquí... — Ya voy, ya voy á evitar su presencia. — ¡gran Dios! ¿con que todavia está irritado conmigo? voy á retirarme, pero ántes hacedme el favor de oir mi justificacion. — ¿Tú justificarte? mucho lo dudo. — Pero dexadle hablar, dixo la jóven Adela: este buen viejo

puede estar inocente, y su ayre respetable lo anuncia: ¿no es así, hermanos mios? No, no, exclamaron todos, no está culpado; hablad, buen hombre, explicaos.

La vieja murmurando entre dientes, se sentó por fin; y el mendigo comenzó de este modo una relacion, que hizo prorumpir en llanto á los muchachos.

Mis sucesos, compasivos y generosos niños, acaso me harán odioso á vuestros ojos. Sin duda vais á aborrecerme, y á convenir en que si soy desdichado he merecido serlo, pues la prosperidad huye de los corazones duros y empedernidos. Pe-

ro, ¡quántas lágrimas he vertido por esta falta irreparable! ¡quántas veces al dia me maldigo! ¡Ah! ¡quiera el cielo aumentar en vuestros corazones este deseo de ser buenos y útiles á vuestros semejantes, del qual en este instante me estais dando una prueba tan sensible! las almas tiernas hacen ellas mismas felices, contribuyendo á la felicidad de los desgraciados.

Mi padre, labrador de esta comarca en otro tiempo, tenia un hermano que á los veinte años sentó plaza, y dexó para siempre la casa de mis abuelos. Mi padre recibia de quando en quando noticias

de este hermano, á quien amaba sobremanera: le escribia muchas veces persuadiéndole que volviese á sus hogares, y que partiria con él las comodidades que disfrutaba. Resistió siempre mi tio; amaba la carrera militar, y decia que estaba resuelto á morir baxo los estandartes del honor. Esta obstinacion de mi tio Santiago afligia á mi padre, el qual decia que solo deseaba que su hermano viniese á cerrar sus ojos en su última hora. En fin, un dia recibió una interesante carta de tan querido hermano. Mi padre nos la leyó vertiendo lágrimas. Siempre la tendré presente: esta-

ba concebida, poco mas ó ménos, en estos términos.

,,Te participo, querido herma-
,,no mio, una noticia que va se-
,,guramente á afligirte, segun es
,,grande el amor que te debo, y
,,segun se opone á los proyectos
,,que has formado para nuestra re-
,,union; pero lo ha dispuesto el cie-
,,lo de otro modo. Sabe que un co-
,,merciante rico, muy amigo mio,
,,me lleva consigo á América, don-
,,de, segun dice, quiere que yo ha-
,,ga considerable fortuna. Por ti,
,,querido hermano, y por tus hi-
,,jos, me determino á correr los
,,peligros de la navegacion; y ma-

,,ñana me embarco. Dios vaya
,,conmigo... Si la suerte me es ad-
,,versa, volveré á vivir contigo, y
,,aceptaré tus generosos ofrecimien-
,,tos; por el contrario, si hago for-
,,tuna te traeré las riquezas que
,,acumule; y si la muerte me sor-
,,prehendiere en medio de mis tra-
,,bajos, encargaré á persona segura
,,que te entregue mis bienes, ó á
,,tu hijo Pedro si el cielo hubiere
,,dispuesto de tus dias. Conserva
,,esta carta para que te sirva en to-
,,do tiempo; y ruega por la feli-
,,cidad de un hermano, acaso im-
,,prudente, pero lleno de ternura
,,para contigo. A Dios: deseame un

„viage feliz: te escribiré quando
„pueda. A Dios: abraza por mí á tu
„esposa, á mi sobrino, y á todos nues-
„tros amigos.—*Santiago Lebon.*—"

Esta carta causó tanto disgusto á mi padre que enfermó, y en breves dias acabaron los suyos. ¡Exemplo admirable del amor fraternal, parecerás sin duda fabuloso y exâgerado á los corazones helados é insensibles; pero serás muy dulce para los que conocen tus vuelos y todo lo que pueden extenderse! ¡Ah! la sensibilidad no está á los alcances de todos. Niños, vosotros sois hermanos: amaos mucho: el lazo de la fraternidad es tan dulce como el

que une á los padres con los hijos.

A este punto los hijos de Palemon se abrazáron recíprocamente con un espontáneo movimiento de ternura que hizo derramar algunas lágrimas al viejo mendigo, el qual les hizo volver á ocupar sus sitios al instante, y á escuchar la continuacion de su historia, que prosiguió en estos términos.

Perdí á mi padre, como ya os he dicho; y mi madre, mas anciana, me parecia tan consternada por su muerte, que temia á cada instante por ella igual desgracia. Mi hermano menor acababa de entrar en la milicia

por haberle tocado la suerte; y como por esto era preciso que se ausentase, la reunion de tantas desventuras apuraba nuestro sufrimiento. Tomé el partido de trabajar para sostener á una triste viuda que acababa de perder su apoyo: como que á excepcion de la granja que habitabamos, y era nuestra, el poco dinero que mi padre habia empleado consistia en rentas vitalicias, y con su muerte lo perdimos todo.

Entónces el virtuoso Palemon me alargó una mano benéfica: me ocupó en su casa, y gané bastante para sostenerme en compañía de mi madre, á la qual ví morir en-

tre mis brazos al cabo de seis años. Vendí la quinta para satisfacer algunas deudas de mi padre ; y en toda la naturaleza no hallé otra compañía que mi esfuerzo y mis brazos, porque muerto tambien mi hermano en campaña, quedé absolutamente solo. ¡Considerad quán triste seria mi situacion!

La desgracia habia agriado mi carácter : debo decirlo, amables niños, para mi justificacion. Me habia hecho áspero, obscuro, intratable, y aun egoista. Aborrecia á todos los hombres; y á excepcion de vuestro padre, á qnien queria y respetaba, todos los de-

mas me parecian viciosos, traidores, y dispuestos á agravar sobre mí la cadena del infortunio que me agoviaba. Solo Palemon, jóven entónces, pero bueno, sensible y generoso, me habia colmado de beneficios, y era por lo mismo el único hombre exceptuado de la aversion con que miraba yo á todos los restantes.

Mas de veinte años despues de la muerte de mi padre tuve que hacer un corto viage á quatro leguas de aquí, para visitar á un conocido á quien no habia visto en mucho tiempo. Pasamos el dia juntos, y al declinar la tarde, despues

de haber dado un paseo, entramos en una hosteria á tomar algun alimento para que yo me retirase temprano; pero bien pronto los vapores del vino calentáron mi cerebro, y no pensé ya en dexar por entónces aquel sitio.

Un hombre de mediana edad y de porte decente, que estaba en una mesa inmediata, miró el relox, se levantó de repente, y preguntó si habia mucho camino hasta el pueblo donde residia Palemon.— Quatro leguas, le respondí con aspereza.— ¿Quatro leguas? ¿estais seguro?— ¿Seguro? como que vivo allí.— ¿Allí? ¿y marcha-

reis pronto? — No tengo priesa; pero ¿á qué viene esa pregunta? — Perdonad: no conozco bien el camino, me han dicho que media un bosque peligroso, y como es tarde... — ¿Teneis miedo? — A la verdad... — Pues yo no, y atravesaria el bosque á qualquiera hora de la noche. — Hacedme el favor de acompañarme: si supieseis el bien que me hariais... y aun á otra persona... un beneficio nunca se pierde: contad con mi agradecimiento. — He aquí una proposicion bien particular, le dixe con mi aspereza acostumbrada: ¿soy vuestro postillon? Si teneis miedo, yo no; ni gus-

to de acompañarme con cobardes.

A esta necedad añadí otras muchas : el extrangero volvió nuevamente á instarme ; pero viendo que mi grosería llegaba hasta el extremo , tomó su baston y sombrero, y se salió , diciendo á media voz que el cielo en recompensa de la buena accion que iba á executar no permitiria le sucediese desgracia alguna.

Habria pasado un quarto de hora quando advertí que un jóven , que habia escuchado atentamente al incógnito, salió precipitadamente con cierto ayre de inquietud. Este, si era aun mas descortes que yo , á lo ménos tenia mayor penetracion,

como lo conocereis bien pronto.

Pasé con mi conocido gran parte de la noche, y á cosa de las once tomé el camino de mi pueblo. La profunda obscuridad de la noche no me permitia distinguir los objetos; pero lo que sé es que, aunque estaba atolondrado, atravesé el bosque presurosamente con una especie de angustia de corazon, funesto presentimiento de la desgracia que allí acababa de succederme. Llegué á mi casa: me acosté con bastante tranquilidad; pero al instante mil sueños melancólicos agitaron mi fantasía. El incógnito, en quien no habia pensado

despues de su partida, se presentaba á mis ojos: me parecia que me llamaba, que denostaba mi inhumanidad, y que me decia que pronto encontraria el castigo de mi dureza. Fatigado de estas visiones, que á la mañana atribuí al festin de la víspera, tomé mis aperos, y fuí á casa de Palemon. Le pregunté si habia visto á un extrangero que le buscaba, y cuyas señas le pinté; pero habiéndome respondido que no, olvidé este asunto, y me puse á trabajar.

Empecé apénas quando presentándoseme un oficial de justicia me preguntó si me llamaba *Pedro Lebon.*— Sí, le respondí.—Pues es pre-

ciso que vengais conmigo.— ¿A dónde? — A la Aldea inmediata, donde preguntan por vos.— ¿Quién?— Un incógnito que hemos encontrado esta mañana moribundo en el bosque, y ahora está en el hospital.— Un incógnito... moribundo... en un hospital... ¡O cielos!

Arrojé mis aperos, y seguí á aquel hombre, el qual me llevó á la grupa de su caballo. Consideradme caminando con el corazon abismado en un mar de dudas y recelos. El moribundo incógnito me recordaba al extrangero á quien no quise acompañar. ¿Este extrangero, me decia yo, es mi perseguidor? él es

sin duda el que ha tenido esta desgracia, y pregunta por mí; pero ¿de qué me conoce? ¿quién le ha dicho mi nombre? No hago memoria de haberme dado á conocer en su presencia... pero el tenia asuntos con Palemon, iba á su casa... Acaso le habrán dado señas de mí... ¡O Dios! ¡qué cruel incertidumbre!

Me informé del que me guiaba, y no pudo satisfacerme. En fin, agitado de dudas llegué al hospital: me acerqué al lecho del moribundo, y reconocí á mi extrangero. Acababan de curarle las heridas: me miró, me reconoció, y con lángui-

da voz me dixo: ¿sois vos Pedro Lebon? — Sí, le respondí tímidamente.— ¿Vos, hombre bárbaro y grosero, vos Pedro Lebon?... ¡Cielos! ¡qué fatalidad! ¿no sois el que ayer me negó su compañía para pasar el bosque? os aseguro que quedareis mas castigado que yo, pues muero sin disgusto; y vos vivireis siempre con el remordimiento de haberme abandonado al riesgo de que me asesinasen, como ha sucedido, y con el pesar de haber perdido una herencia de un tio... de un tio... Leed esta carta, desventurado.

El extrangero me entregó una carta: la abrí precipitadamente, y

leí lo siguiente : "Estoy en mi últi-
„ma hora, amado sobrino ; pero án-
„tes de exhalar mi espíritu , en-
„cargo á mi antiguo amigo Felipe
„que te lleve las muchas riquezas
„que he acumulado durante mi re-
„sidencia en las Colonias. Esta es la
„promesa que en otro tiempo hice
„á tu pobre padre, y de la qual me
„desempeño en el dia. Haz buen uso
„de tu fortuna , y sírvate para ali-
„viar á los desdichados.

„A Dios : nunca olvides á un tio
„que te llena de beneficios ; y mira
„como á otro yo al amigo que te
„entregará esta carta. = *Santiago*
„*Lebon.* = "

El espanto me dexó inmóvil; y el extrangero prosiguió: Guardad bien esta carta de un tio que os amaba; ella es lo único que os queda de su herencia. Una cartera llena de letras de cambio que yo os traia, la habeis perdido por culpa vuestra. Ayer noche os negasteis á guiar mis pasos inciertos por el peligroso bosque cuyo tránsito me hacia temible un fatal presentimiento. Apénas entraba en su espesura se me presentó un hombre á quien habia visto en la hostería en que os hablé; y acercándose con afabilidad, me suplicó que le permitiese ir en mi compañía. Aunque me inspiraba descon-

fianza, no pude ménos de tratarle con atencion. El malvado, tirándome un pistoletazo en lo mas espeso del bosque, me robó, dexándome bañado en mi sangre. Esta mañana me han traido aquí, donde hallaré una muerte que me será dulce, pues me reunirá con mi amado Lebon, único amigo que me hacia la vida soportable. Queria yo cumplir su última voluntad; y por señas individuales venia instruido de que os hallaria en casa del labrador Palemon. Todo os lo hubiera entregado como fiel depositario; pero habeis causado vuestra desgracia y la mia... ¡Imprudente! vuestro mal corazon

me mata y os arruina... Aprended, pues, hombres duros é insensibles, las tristes conseqüencias que regularmente ocasiona el no llenar los deberes de la hospitalidad; y que el malograr la ocasion de servir y ayudar á nuestros semejantes nos expone á los mayores sentimientos.

Calló el desventurado; y yo, oprimido con el peso del remordimiento y de la confusion, bañaba su lecho con mis lágrimas, quando me arrancáron de aquel sitio para ver si el enfermo descansaba un rato. ¡Ay! este descanso fué eterno, pues en la noche misma su-

pe que habia fallecido nombrándome y acusándome de su muerte.

No os pintaré, amables niños, el exceso de mi dolor: todavia despedaza mi corazon tan trágico suceso. Tenia muy presente la figura del malvado asesino de Felipe, quien ántes de espirar me habia asegurado haberle dicho en el camino que el pensaba marchar al otro dia á París. Me determiné á buscarle en esta gran ciudad. Confundido y avergonzado de lo mucho que se hablaba de este suceso, y de la ignominia que me resultaba, no me atreví á presentarme en la casa de mi bienhechor Pale-

mon, conociendo que me hubiera reprehendido ásperamente, pues los vicios del corazon indignan á todas las gentes honradas. Volé, pues, tras del que me arrebataba la fortuna, pero fué en vano. Este monstruo goza de ella acaso en algun pais remoto; y yo, despues de haberme aplicado á varios oficios, me veo á un tiempo asaltado de la vejez y miseria, y precisado á mendigar el sustento para expiar una falta, un solo defecto. Ya me veis, queridos. Los andrajos que me cubren no me defienden del remordimiento que reyna en mi corazon; y me parece que el cielo manifies-

ta á cada persona, cuya piedad imploro, que debo ser tratado con dureza; y que soy desventurado por mi culpa, pues me negué á cumplir con las obligaciones de la beneficencia.

Apénas el mendigo habia acabado su historia, tan interesante para los hijos de Palemon, quando estos se levantáron derramando algunas lágrimas; y recogiendo en un bolsillo quanto el dia anterior les habia dado su padre, suplicáron al pobre que lo aceptase. Este, despues de una cortes resistencia, tomó el bolsillo, bendixo cien veces á tan amables criaturas, y se retiró en-

cargándoles que nunca se olvidasen de que la beneficencia es la primera de las virtudes, que es un vínculo sagrado de la sociedad, y que los buenos corazones que la exercen, son imágenes de Dios en la tierra.

Los muchachos quedáron conmovidos largo tiempo despues de su partida. No es necesario, dixo Julio á sus hermanos adoptivos, contar este suceso á nuestro padre; puede irritarse contra su antiguo criado, que le dexó tan imprevistamente y con tantas apariencias de ingratitud. Sin duda no nos reprehenderia un impulso de sensi-

bilidad; pero hallaria tal vez mucho de reprehensible en el proceder de Pedro Lebon: y así nada le digamos si no nos pregunta; pero en tal caso no podremos faltar á la verdad.

Todos fueron de este parecer, y de allí á poco viéron comparecer á su padre y digno maestro, el qual, por una, que les pareció casualidad, no les habló en toda la tarde sino de los auxîlios con que el poderoso debe socorrer al indigente, y del placer que se disfruta haciendo limosna á los ancianos pobres. Los muchachos atónitos, creyéron que Palemon sabia lo sucedido; pe-

ro éste nada les dixo, y guardáron su secreto tanto mejor, quanto Palemon les hizo un largo elogio de las almas generosas y sensibles, que en el mismo cuidado con que ocultan los socorros que dan á sus semejantes prueban estar bien persuadidas á que un beneficio divulgado pierde mucho de su mérito, y disminuye en gran manera la satisfaccion interior del que le hace.

TARDE TERCERA.

EL AMOR PROPIO.

Historia del poeta Hilario.

Los sucesos del mendigo habian agitado mucho á los muchachos en la noche. Uno habia soñado en bosques, ladrones y pistoletazos; otro se habia hallado en un hospital cuidando de los enfermos; otro habia mendigado de puerta en puerta el sustento, y despertó estremecido de un destino que queria evitar trabajando para asegurarse un establecimiento: en fin, todos se habian interesado en la historia del viejo.

Uno de ellos, inflamado del genio poético, esperó que sus hermanos estuviesen ocupados en sus respectivos exercicios; y cerrándose en su quarto, allí, solo, invocando el favor de las Musas, compuso un romance que le dexó muy pagado de sí mismo. El lector sin duda deseará saber quien era este niño poeta, que en algun tiempo podria ilustrar con mayores obras la familia de Palemon. Pues era Leon, de doce años de edad, que hasta entónces habia sido educado, como su hermano Benito, en casa de una tia, muger de conveniencias, á quien visitaban gentes instrui-

das. Leon las oia muchas veces hablar de literatura, y se complacia en esto mucho mas que Benito. Tenia Leon el ingenio ardiente, la imaginacion fecunda, y algo mas de instruccion que la comun en su edad. Habia suplicado á uno de los amigos de su tia que le enseñase las reglas de la poesía; éste le habia prestado un libro elemental que Leon habia devorado; y el muchacho habia aprendido en poco tiempo lo mas necesario para hacer versos algo regulares. Le faltarian tal vez invencion y armonía, de lo que en breve juzgará por sí mismo el lec-

tor ; pero sus versos divertian á los amigos de su tia ; y los elogios que le prodigaban aumentaron su fuerte inclinacion á la poesía.

Leon, pues, compuesto ya su romance, fué á buscar á sus hermanos, se le leyó, y todos le aprobaron, ménos Benito, cuya crítica fué la mas mordaz é insultante. Era Leon como todos los autores, muy cosquilloso en puntos de amor propio. Suplicó á su hermano que le manifestase las razones en que fundaba los defectos de su composicion ; pero Benito no hizo mas que reirse descaradamente. Formalizándose Leon le dixo ; no harás otro

tanto en tu vida: eres un majadero. ¿Majadero yo? respondió Benito sofocado de cólera, pues toma; y le dió un terrible cachete; Leon le correspondió con un puntapie, y se le volvió Benito; Leon, furioso, se arrojó á su cuello. Armando, separándolos al instante, los obligó á abrazarse, prometiéndoles que nada diria de esta ocurrencia á su padre. Sin embargo, todo se supo, pues el genio maléfico, que se complace en perseguir á los muchachos quando han cometido alguna picardigüela, contó la de Leon y Benito al virtuoso Palemon, quien nada dixo en toda la mañana; pero se

propuso manifestar muy bien por la tarde su disgusto á los dos campeones.

Llegó esta tarde, en que debian recibir una fuerte leccion. Estaban todos sentados junto á su padre, á quien miraban atemorizados porque le advertian mas serio de lo regular. Leon, dixo el padre con mucha sequedad: muy tarde te has levantado esta mañana, querrias imitar el exemplo de Bernardo, cuya historia te conté hace pocos dias? — Señor, me he levantado á la hora misma que mis hermanos. — Pues no has baxado hasta las diez. — Es verdad... pe-

ro...— ¿Pero qué? el color se te enciende: habla, hijo, habla, pues me contemplaria como extraño para ti desde el momento que dexases de hablarme con confianza. Dime ¿en qué te has ocupado? creo que no habrás hecho nada malo. — No señor, todo lo contrario.— ¡Ola! ¡*todo lo contrario*! mucho significa esta expresion; pero vaya, dime, hijo mio, ¿en qué has empleado tanta parte de la mañana?—He compuesto unos versos, padre mio.— ¡Unos versos! ¡no es nada! ¡versos! mucho me alegro, sí, celebro que te ocupes en este arte, que da tanta energía, y ocasiona tan felices mo-

mentos al hombre que sabe pensar. Estoy contentísimo, querido Leon; pero el señor poeta ¿no le hará á su padre el favor de leerle los versos? — Sí señor... pero... recelo... temo... que os parezcan muy floxos. — ¿Con que temes eso? ¡no es poco el orgullo que se descubre! pues ¿para qué haceis versos, señor mio? ¿para que los celebren sin ponerles el menor defecto, ó para que qualquiera os diga francamente su parecer? — ¡O! sin duda, para esto. — En tal caso debeis desechar el temor, porque (y tenedlo muy presente) el autor que no tiene ánimo para oir la crítica, debe ar-

tojar su pluma: nunca hará cosa buena: yo lo digo, señor ingenio.

Pronunció Palemon esta sentencia con mucha fuerza; y Leon mudado de color; miraba á Armando como para reconvenirle con su promesa; pero luego, sacando su manuscrito, lo que hizo sonreir á su padre, se preparó para recitar su romance. Sin embargo el tierno renuevo del Pindo, como todos sus compañeros, creia necesario que precediese una explicacion. — Es preciso deciros, padre mio, lo que me ha dado asunto para este romance. Es un lance que... — Muy

bien, muy bien, hijo mio, á un lado explicaciones, que yo conoceré lo que es; y sobre todo, fuera temores, recita tu romance, que yo le oiré con mucho gusto. Leon, aplicando á su composicion toda la energía de que es capaz un autor de su edad, con voz sonora dixo los siguientes versos.

ROMANCE.

El anciano mendigo.

¿Qué voces son las que escucho?
¿qué lamentables acentos?
¿si de algun desventurado
serán tan lúgubres ecos?

Un anciano es, agoviado
del dolor al duro peso,
sumergido en la indigencia,
y de miseria cubierto.

¿Qué pesares te devoran?
¿cómo, quando escrito veo
en tu venerable rostro
de la inocencia el consuelo,

Gimes y lloras en vano

de la pobreza en el seno,
y de tu exîstencia débil
mendigas el alimento?

¡O tú, mortal generoso!
que compadezcas te ruego
á quien persigue la suerte
desde sus años primeros.

Apénas nací, la muerte
me quitó mis padres tiernos
y un hermano; todavía
su pérdida lloro y siento.

Ya crecido, trabajando
me mantuve, de mi adverso
destino con la paciencia
contrastando lo severo,

De un poderoso pariente
debia ser heredero,

el qual confió á un amigo
me entregase sus efectos;

Pero el triste, de una selva
obscura en lo mas espeso,
cayó en manos de asesinos
y exhaló el último aliento.

Solo, aislado en el mundo,
sin fortuna y sin sosiego,
mi vejez adelantaron
fatigas y sentimientos.

Cansado en fin de vivir,
la horrorosa muerte espero,
porque de una vez acaben
tan continuados tormentos.

Enxuga, anciano, tu llanto;
no llores mas, pues te ofrezco
de la compasion mas noble

los socorros halagüeños.

En mí hallarás todo quanto
perdiste ; con lazo estrecho
nos unirá la amistad;
otro yo te considero:

Los dos seremos felices,
yo dando , tú recibiendo;
y los años que vivieres
los pasarás con sosiego.

Así acabó Leon su romance, y sus hermanos le dieron mil palmadas de aplauso, ménos Benito que no quiso ceder. Palemon lo advirtió, pero no se dió por entendido, pues sus objetos eran experimentar el amor propio del autor, y descubrir enteramente los ze-

los de su hermano, proporcionándose por este medio ocasion de dar saludables consejos á todos. Hijo mio, dixo á Leon, no quiero decidir de tu obra ántes de saber el dictámen de tus hermanos; tienen gusto, y debo consultarles. Vaya hijos, decid francamente lo que pensais del romance de Leon; sed severos, se trata de manifestar á vuestro padre si teneis juicio recto, y valor para decir la verdad. Tú, Adela, ¿qué piensas?

Adela respondió que el romance de Leon la parecia muy bien, y aun la habia hecho llorar. — ¿Y tú, Julio? Julio convino con Adela.—

¿Y tú, Armando? Este respondió que encontraba algunos versos débiles, pero que para un muchacho de la edad de su hermano, habia hecho demasiado. Entónces Palemon preguntó su parecer á Benito, en quien esperaba hallar contrariedad; y en efecto, dixo este: padre mio, si he de decir francamente mi parecer sobre el romance, me parece que es malo, malísimo.

A estas razones, Leon dió bastantes señales de su despecho; pero aunque lo advirtió Palemon, continuó preguntando á Benito.—¿Con que ese es tu parecer? pero es menester probarlo: ¿quáles son los de-

fectos que encuentras? — Muchos: quando este hombre pregunta al viejo, ó el viejo le responde, no se puede adivinar qual es el que habla; y además las voces *solo*, *aislado*, ¿qué tiene mas uno que otro? en una palabra, el tal romance me parece despreciable. — ¿Despreciable, señor Aristarco? á la verdad que partis muy de ligero. — Me habiais permitido... — Sí, señor: habia permitido que dixeseis vuestro dictámen; y ahora me permito yo el deciros, que vuestro parecer podria muy bien ser el de un envidioso. — ¡De un envidioso! Eso sí: no es otra cosa, dixo Leon: me alegro que padre lo co-

nozca: esta mañana me ha dicho
cien necedades ese ignoranton.

Poco á poco, señor, repuso Pale-
mon: no me gusta ese modo de ha-
blar: ninguno de los dos carece de
culpa; me reservo el decir mi opi-
nion, hasta que ós cuente la his-
toria de un poeta que yo conocí,
el qual desde muy niño hacia ver-
sos como Leon, y encontró críti-
cos crueles como Benito. Vereis lo
que sucedió á un orgulloso que en
nada queria ceder, y á un envidio-
so que malignamente se complacia
en criticar lo que no era capaz de
hacer.

Aquí Leon se sonrió de ver á

su hermano humillado, y Benito se avergonzó de que su padre hubiera descubierto la vileza de la envidia, que ya se iba apoderando de su tierno corazon. Palemon, despues de haber exâminado atentamente la fisonomía de los dos rivales, comenzó así la historia del poeta Hilario.

Un comerciante rico de París, llamado Dormon, tenia un hijo que acababa de terminar felizmente el estudio de las leyes. El jóven Hilario habia contraido en el colegio la manía de hacer versos sobre qualquier asunto; y hacia algunos muy regulares. Deslumbra-

do con los elogios que recibia por todas partes, mostraba sus versos á su padre, quien, sin preveer el daño que causaba á su hijo, le llenaba de caricias, le hacia mil regalos, y le pronosticaba la mas brillante fortuna. No era esto lo peor, sino que el viejo Dormon, infatuado del mérito que suponia en su hijo, y creyéndose padre de un nuevo Homero, esparcia por todo el pueblo las composiciones del jóven Hilario, y se burlaba de las familias que no tenian en su seno un genio tan superior. El hermano de Dormon era tan preocupado como este á favor de Hi-

lario. Tenia el un hijo de la misma edad, llamado Joaquin; y este infeliz era continuo objeto de las sátiras, y aun del ódio de su padre y su tio. Mira, le decian, mira á tu primo, ese sí que ilustrará la familia: ese muchacho será un grande hombre, y tú siempre serás un majadero.

Joaquin, con esto, concibió el ódio mas terrible contra su primo, inocente ocasion de sus pesares. Los zelos se apoderáron de su alma, y le preparáron los tormentos mas crueles. ¡Cómo! se decia á sí mismo, ¿este coplero trastornará las cabezas de todos? ¿él

solo recibirá el incienso de toda la familia? ¿me arrebatará el corazon de mi padre, de mi tio, y de quantos amo? ¿recibirá todas las satisfacciones, y yo seré siempre tratado con desprecio? ¿y quién sabe? ¡tal vez un dia, sin estado y sin fortuna (porque mi padre es capaz de abandonarme por él), me veré obligado á mendigar el sustento, miéntras que el señor mio goce á mi vista de todos mis bienes, y de toda la felicidad posible! No será, si yo puedo: yo tomaré á mi cargo los adelantamientos del señor pedanton: él sabe hacer coplas, pero yo

sabré intrigar; y veremos quién cae debaxo.

Determinado Joaquin á vengarse, se propuso perseguir incesantemente á su primo; y vais á ver cómo se conduxo para lograrlo.

Estaba Hilario en edad de tomar estado; pero arrastrado del fanatismo poético, solo queria hacer versos. Su padre empezó á advertir que habia lisongeado excesivamente la manía de su hijo; y deseando ya contenerla, le instaba á que se aplicase á su carrera. Yo tengo medios, le dixo, para procurarte un empleo: un reves de fortuna, muy frecuente en nuestro estado,

puede quitarte este recurso : aprovéchate ahora : trabaja un año ó dos en el estudio de las leyes: yo proporcionaré tu salida á Consejero ; y entónces podrás seguir tu inclinacion , en quanto no sea perjudicial á tus obligaciones. A nada atendió Hilario ; ensució con versos todo el papel que pudo , no hizo grandes progresos , y malogró así los quatro años mas floridos de su juventud. Una quiebra considerable arruinó á su padre , el qual murió de pesadumbre al cabo de un mes , detestando á Hilario , y agoviándole con el horrible peso de su maldicion. Unos emperdernidos

acreedores arrojáron á Hilario de su casa paterna, y no halló mas recurso que la generosidad de su tio, que siempre habia adulado su manía.

Pero Joaquin todo lo habia previsto. Habia algun tiempo que corria una sátira contra el hermano de Dormon, en la qual le denostaban por haber abandonado á su hermano en su desgracia; y los epitetos de villano, ruin, ladron, y egoista se le prodigaban en esta miserable pieza, compuesta por secreto influxo de su mismo hijo Joaquin. Este la habia divulgado como produccion de su primo; y dispuso que llegase á manos de su padre.

El viejo se indignó y encolerizó como era consiguiente ; no quiso volver á ver á su infame sobrino , y encargando á Joaquin que le despidiese , le mandó entregarle diez escudos, baxo la condicion de que jamás se presentase en casa de un tio á quien habia tan infamemente ultrajado.

Bien conoceis el placer que experimentaria Joaquin desempeñando semejante comision. Llegaba Hilario para arrojarse entre los brazos de su tio, quando Joaquin le intimó su resolucion, añadiendo : esto me ha encargado darte ; y así marcha, que es cosa muy indigna haber

compuesto una sátira tan sangrienta contra quien te amaba tanto. Hilario protestaba su inocencia; pero Joaquin le empujaba hácia la puerta; y revolviéndose Hilario contra su primo, éste le rechazaba hasta que cayeron los dos luchando. Acudieron los criados, los separáron, y poniendo á Hilario en la calle, le diéron con la puerta en los ojos.

¡Considérese su situacion! Sin parientes, sin amigos, sin recursos, rabioso y despechado juraba que habia de vengarse; ¿pero cómo? Sin embargo esperaba encontrar medios; y entretanto alquiló un miserable quarto. Allí, solo, sin lumbre, sin

vestidos, y sin esperanza de aplacar á su tio, se postró en tierra, é invocó para subsistir la proteccion de su musa.

Musa, exclamaba: Musa desciende en mi auxîlio: ven á inspirar en este corazon tan tuyo todo el ánimo de que necesita: tú das gloria; pero el laurel mas pomposo pronto se marchita, si falta el pan. Une á tus favores alguna cosa mas sólida; y no permitas que espíritu, en que reynas tan absoluta, habite un cuerpo diáfano y debilitado por el ayuno.

No sé si le oyó su Musa; pero lo cierto es que Hilario pasó un mes

en su quarto sin descubrir el menor recurso ; y que ya no habia ni memoria de los diez escudos. Habia véndido parte de sus vestidos ; pero ésto sin el menor disgusto, porque Hilario era filósofo, y en todo desdeñaba el fausto. Pluma, tintero y papél eran las únicas alhajas que apreciaba. Pasóse otro mes, sin que la fortuna, ni su ingrata Musa le ofreciesen el mas léve recurso para salir de su opresion. Es verdad que nunca Hilario habia cultivado el trato y amistád de las gentes mas distinguidas ; y ántes bien habia pasado dias y noches haciendo epitalamios, madrigales y epístolas dedi-

catorias que enviaba á algunas personas opulentas, las quales creia elevarian su fortuna, lisongeándolas él su vanidad. Le convidaban á comer, y á esto se reducia todo. Iba á casa de un hombre rico, que á veces para obsequiarle hacia gastos excesivos, el menor de los quales le hubiera sido mas útil percibiendo su importe en dinero con el qual hubiera podido alimentarse quince dias. Esta reflexîon le ocurria continuamente; pero al cabo comia bien, leía sus versos, y su apetito como su amor propio se satisfacian á un tiempo. Sin embargo quando salia de esta casa fastuosa, quando

tentaba su bolsillo y nada encontraba, quando dexaba á sus espaldas la opulencia para subir á un quarto piso y encerrarse en su miserable alvergue, ¡quánto suspiraba! ¡quánto exclamaba contra la injusticia de los hombres y los caprichos de la fortuna! Hilario se acostaba sin luz, temblando de frio, y regaba su asqueroso lecho con lágrimas nacidas de un loco orgullo, y no del noble sentimiento de un hombre que habia agotado todos los recursos, sin poder contrastar el ceño de la fortuna. Hilario era desgraciado por su voluntad, y no merecia compasion.

Escribia muchas veces á su tio; pero Joaquin interceptaba sus cartas y las reducia á ceniza. No tenia, pues, Hilario, sino la triste perspectiva de morir de hambre, quando una tarde halló en su quarto una carta de un gran personage que suponia haber sido amigo de su padre, y le empeñaba á que al dia siguiente fuese á verle para un negocio que podria serle muy útil. Hilario, loco de contento, leyó mil veces esta carta, y se acostó temprano para madrugar. En medio de mil agradables pensamientos se quedó dormido; y soñó que veia rodar el car-

ro de la fortuna ; que la tropelía y confusion de gentes no le permitia acercarse á la Deidad ; que ésta por sí misma se le acercó ; y que sentándole, derramó sobre él nada ménos que el cuerno de la abundancia. Sorprehendióle la mañana en este apacible sueño, se adornó quanto pudo, y se encaminó á la casa de su incógnito Mecenas. Despues de los ordinarios cumplimientos, su protector le enseñó una tragedia que habia compuesto, y le prometió una cantidad considerable con la condicion de que la hiciese representar como suya. Mi estado, le dixo, me estorba para confesarme

autor; se burlarian de mí, y me veria muy comprometido. En aquel tiempo, hijos mios, parece que los grandes se avergonzaban de ser instruidos.

Hilario leyó la obra, que le pareció detestable; y sin embargo se sujetó á la vileza de pasar por autor de tan miserable rapsodia, porque esta vez su hambre, como mas fuerte, triunfó del amor propio. Antes de un mes fué representada; y á fuerza de aplausos comprados, salió con mediana reputacion. Ya tenemos á Hilario acreditado; pero ¿qué caro va á costarle este crédito?

Desde luego su fama despertó el ódio y zelos de Joaquin. El malvado primo se declaró el mayor detractor del mérito de Hilario, produciendose él con tanta indecencia, que todas las personas imparciales le detestaban abiertamente. No solo perdió la pública opinion, sino que el personage, verdadero autor del drama, indignado de las sátiras que esparcia Joaquin contra su tragedia, encontró medios para arruinar al padre de éste, suponiéndole delitos, y precisándole á expatriarse con su imprudente hijo. Así fué castigado el envidioso; pero veamos ahora el modo en que lo fué Hila-

rio, por no haber seguido los juiciosos consejos de su padre.

Duró poco tiempo el secreto de la tragedia: pues no pudiendo Hilario soportar largo tiempo la fama de autor de una tragedia que todos criticaban con mucha razon, reveló á algunos amigos quien era el verdadero autor de la pieza. Estos lo dixeron á otros, y en breve tiempo la noticia penetró hasta los parientes del personage, de quienes este recibió terribles reprehensiones. El autor se defendió como pudo, y quedó decidido en el concilio de la familia, que Hilario, como auxîliador de la locura de su padrino,


SEVILLA



Disimulado veneno
Del alma es el amor propio;
Pero, lo mismo que el Opio,
En cierta dosis es bueno:
Los extremos que condeno
Cuidadoso evitarás,
Pero nunca olvidarás
Que el entendimiento clama
Que aquel, que á sí no se ama,
Nunca amará á los demas.

Alex.r Blanco lo grabó.

fuese encerrado en una prision por toda su vida. En conseqüencia se obtuvo, con otro pretexto, la órden correspondiente; y un dia en que Hilario se extasiaba en su quarto con las musas, entró la justicia, y se apoderó del infeliz hijo de Apolo. Letrillas, madrigales, sonetos y elegias, todo fué pasto de las llamas; y el triste, confundido dentro de una carreta, se halló muy en breve á la puerta de una cárcel, que le sumergió para siempre en sus obscuros calabozos, pues de allí á poco murió de pesadumbre.

Tal fué el trágico fin de un orgulloso jóven que prefirió la ocio-

sidad al trabajo, un destino dudoso á otro cierto; y que desdeñando los consejos de un amoroso padre, se atrevió á desacreditar á un grande, cuyo resentimiento es tan temible.

Leon, Benito, ahora voy á hablaros con mayor entereza. La historia de Hilario encierra mucha moralidad; á ti, Benito, te comprehende porque alimentas en el fondo de tu alma una vil envidia de que tu hermano tiene mayor talento, porque criticas injustamente unos versos que no eres capaz de hacer, y porque te opones sin razon á tu hermano: y esto en términos que si

yo no lo remediara, llegarias á detestarle, y te harias tan despreciable como Joaquin. Tambien á ti, Leon, te comprehende la historia, porque estimas en mas de lo que valen unas composiciones débiles, no sabes tolerar la crítica, y te pones como un fuego á la menor palabra que hiere tu amor propio. Aprovecha, pues, el exemplo de Hilario. Además te mando que no hagas versos sino á ratos perdidos, que á nadie, ni aun á tus hermanos, los enseñes ántes que á mí; y que no te reserves copia alguna. Yo me encargo de conservar quanto compongas; y quando estuvieres establecido, te

entregaré todos los manuscritos; y entónces podrás dedicarte á una ocupacion que es la mayor de todas las diversiones quando no se toma como profesion. Ya ves que no me opongo á que cultives tus disposiciones, ántes bien te exhorto á que no las descuides, pero baxo la condicion impuesta; y cuidado que faltes en lo mas mínimo, porque me enojaré infinito.

Entretanto, como no ignoro que Leon y Benito se han propasado esta mañana hasta la barbaridad de golpearse... ¡dos hermanos! ¡qué horror! mando que uno y otro queden encerrados toda la noche en el

quarto obscuro, allí dormirán sobre el duro suelo, no comerán mañana conmigo ni con sus hermanos, y no los veré hasta la tarde. A Marcela encargo la execucion de mis órdenes.

A estas palabras, pronunciadas con mucha severidad, se retiró Palemon; y Marcela executó al instante la terrible sentencia. Los dos reos, anegados en lágrimas, fuéron conducidos á la prision, donde pasáron el tiempo prescripto, dándose estrechos abrazos, y jurando uno á otro que se aprovecharian del funesto exemplar de Hilario y de Joaquin.

Dexémoslos, amigo lector, padecer el castigo que han merecido, y vamos á ver como se pasó la tarde siguiente.

TARDE QUARTA.

LA AMISTAD.

Los dos estudiantes ó el heredero.

Si nuestros muchachos habian pasado una mala noche, no fué ménos agitada la de su anciano padre. No podia ménos de convenir en que su hijo Leon tenia talento para la literatura. El romance que habia compuesto no era del todo malo para un niño de doce años. El buen padre casi se ensoberbecia del precoz ingenio de un jóven que podia adquirir mucha fama algun dia; pero le atormentaba el recelo de que per-

diese tan precioso tiempo para solo hacerse un mediano autor. Se complacia de haberle mandado que le entregase todos sus manuscritos; y estaba seguro de ser obedecido, porque se hacia amar mucho de sus hijos. El caracter zeloso de Benito tambien le afligia; pero este muchacho tenia buen corazon, y era fácil de corregir. No asustaba á Palemon la pelea de los dos hermanos; sin embargo no le pesaba del severo castigo que les habia impuesto. Tenia tambien presente el buen proceder de los niños con el viejo mendigo que les habia enviado, y cuyo papel desempeñó por órden suya un astu-

ro labrador del pueblo, disfrazado de aquel modo, y á quien el mismo Palemon habia ensayado para que le representase. Marcela lo sabia; y todo estaba perfectamente dispuesto, como se ha visto, para experimentar la beneficencia de los muchachos, los quales habian llenado las esperanzas de su padre, pues todo su caudal pasó á poder del supuesto mendigo, á quien Palemon dexó por gratificacion una buena parte. Como ninguno de los niños habló de este asunto por efecto de una modestia que embelesaba al anciano, queria, sin darse por entendido, encontrar ocasion de recompen-

sarles con mucho mas de lo que habian gastado tan á su gusto. Presto su imaginacion le sugirió oportunidad, y él mismo proporcionó la ocasion para el efecto, como se verá en la continuacion de esta obra.

Apresurémonos á librar á nuestros presos, sentarnos con ellos á la hora acostumbrada sobre el terrazo, y junto á un padre tan respetable.

Los dos al volver á la presencia de éste, se pusiéron encendidos. Advirtiólo el anciano; pero léjos de hablarles mas de un crímen ya expiado, les abrió los brazos, á los quales se arrojáron precipitadamente. Despues

de haberlos estrechado en ellos, tuvo el placer de verlos abrazarse mútuamente, como dándole á entender que siempre vivirian unidos. Enterneciόse el viejo; y de esto mismo sacó el tema para divertir un rato á sus hijos, haciendoles una pintura agradable del placer que experimentan los hombres amándose, y de la delicadeza de la amistad contraida desde la infancia.

Hijos mios, les dixo, ayer pasamos una tarde muy divertida: procuremos que la de hoy sea lo mismo. Entre algunos libros de mi biblioteca me encontré hoy este grueso volumen que estais viendo. Le

he recorrido, y he hallado en el una historia... ¡ pero qué linda! estoy bien seguro de que os divertirá mucho. Por eso la he traido; pero como yo tengo el pecho cansado suplicad á Armando que haga mis veces.

Al solo anuncio de una historia divertida todos los muchachos se miráron con cierto ayre de alegría, que no se le ocultó á su director. Todos al momento rodearon á Armando, rogándole que les leyese la historia, y este no dió lugar á que se lo repitiesen. Tomó el libro, Marcela se pusó á hilar; Palemon se preparó á exâminar la impresion

que hacia en sus hijos la lectura, y el jóven Armando la comenzó en los términos siguientes.

Dulis y Gerardo estudiaban en un mismo colegio, mil veces se habian jurado la amistad mas tierna. Era Dulis hijo de un comerciante de pocas conveniencias, y el padre de Gerardo era un pobre arrendatario del Delfinado. La poca diferencia de fortunas, una misma edad, y unas mismas costumbres é inclinaciones, todo habia, por decirlo asi, identificado á estos muchachos uniformando sus ideas y pensamientos. Sin embargo, Dulis era de un caracter algo altivo, y por consecuencia

de esta altivez, aunque sus facultades eran muy escasas, se complacia en convidar freqüentemente á Gerardo, el qual no advertia en esto sino un efecto de la continuacion de la amistad, y por lo mismo no podian humillarle los favores de su amigo. Quántas veces los dos, dilatando sus almas, se dixéron: „ ¡ ó amigo mio! nunca nos separemos; si yo llego á ser rico quiero partir contigo mis bienes; acordémonos sin cesar de esta promesa; y el que fuere mas pobre, no dude en recordarla algun dia al que tuviere mas comodidades. " Tales eran los pensamientos de estos sensibles jó-

venes, y los juramentos que todos los dias renovaban. ¿Quién será el que primero los quebrante? Esto es lo que veremos prontamente.

Estaban para acabar sus estudios quando murió el padre de Dulis. No le quedaba sino un tio poderoso, que tenia dos hijos de muy tierna edad. Este, á quien correspondia la tutela de Dulis, residia en Cambray, se compadeció de su pupilo, y le traxo á su compañia con ánimo de establecerle. Recibió Dulis la noticia, que le hizo derramar muchas lágrimas: pues siendole preciso separarse de su amado Gerardo, era esto para él la mayor desventu-

ra ¡ Quántas lágrimas derramáron en esta separacion! ¡qué de abrazos! ¡ quántas promesas de volver á reunirse ¡ Sí , decia Dulis ; sí , segun lo que parece me estableceré en Cambray ; si la desgracia te persigue , amado Gerardo , ve á buscarme allí ; y si tengo la atrocidad de abandonarte , yo te permito que me traspases el corazon.

En fin , llegó el dia fatal ; y Gerardo obtuvo del Director del colegio el permiso de acompañar á su amigo hasta el parage en que le esperaba un criado de su tio. Partió Dulis y su amigo se volvió tristemente a su colegio , ántes morada de su

felicidad, y ya desierto horroroso para él desde que no le habitaba su amigo.

Tierna amistad de los muchachos: ¡ quánto electrizas mi alma ! ¡ qué deliciosamente penetras mi corazon! sí, tú eres el vinculo de la sociedad futura, tú preparas la union y la paz de la posteridad, y eres la aurora que un dia debe resplandecer sobre las generaciones.

Despues de la partida de Dulis, dexarémos pasar un transcurso considerable de tiempo, durante el qual los dos amigos se escribiéron de quando en quando; pero se interrumpió esta correspondencia porque

Gerardo se vió obligado á viajar. Este, pues, acabados sus estudios, regresó á su casa, porque su padre, anciano y enfermo, habia experimentado pérdidas que le arruináron enteramente. Su hija no podia mas que atender á los cuidados domésticos, era necesario un mozo que atendiese á lo demas, y Gerardo se encargó de todo. Vease aquí, pues á nuestro jóven que abandona la atencion de su ornato, dexa flotar al viento sus negros y largos cabellos, cambia los vestidos de luxo por otros rústicos y propios para el trabajo, sus libros y plumas por el arado y la azada, en una palabra, pasa de estudiante á

labrador; pero su alma es siempre hermosa, su corazon bueno y sensible, no olvida las musas, y aun dirige canciones al que para provecho de los hombres inventó la ingeniosa máquina del arado.

Así pasó Gerardo algunos años sin recibir noticias de sù querido Dulis, á quien suponia entregado á ocupaciones mas serias; pero estaba casi para enojarse de este silencio quando un cruel accidente le obligó á acordarse de las promesas que le habia hecho este amigo en otro tiempo. El buen padre de Gerardo murió agoviado de deudas; y obligado el hijo á ceder todos sus cortos bienes á

unos acreedores codiciosos, se vió precisado á abandonar su patria para subsistir en otra parte aplicándose á unos oficios indignos de su educacion y delicadeza. Habia perdido á su padre, y con él su fortuna, sus esperanzas y el reposo que disfrutaba en el tranquilo silencio de las noches; pero en una de estas, que pasaba vertiendo lágrimas, se acordó de Dulis y de los juramentos que se habian hecho recíprocamente. Los corazones buenos y sencillos nunca dudan de la virtud. Iré, decia, iré á ver á este tierno y fiel amigo, y le diré: ten presentes las obligaciones que contraximos desde nues-

tra infancia. La suerte te ha reservado la felicidad de cumplirlas: veme aquí, yo soy Gerardo, y tú aquel mismo Dulis. ¡ O quánto me consuela esta esperanza! Si me proporciona que viva á su lado me doy por satisfecho. ¿pero mi hermana? ... la llevaré conmigo : pues aunque no tenga sino un pedazo de pan, le partiré con esta hermana querida, y la naturaleza se glorificará de deberlo todo á la amistad.

Gerardo se decidió, y como su hermana Julia, de edad de diez y seis años, no tenia otra voluntad que la de su hermano, hicieron ambos un pequeño lio de ropa y provi-

siones, y salieron para Cambray.

No hablarémos de las esperanzas lisongeras que consolaban á entrambos en su viage; y nos apresurarémos á llegar con ellos á una ciudad donde estaban seguros de hallar el término de sus infortunios.

Casi era media noche quando Gerardo entró en Cambray; pero conociendo que no era decente ir á una hora tan intempestiva á casa de su amigo, se acomodó en la primera hostería haciendo preparar dos camas, y que les diesen de cenar. Parecióle que la criada de la casa gustaba de conversacion; y quiso ver si le daba noticias de

Dulis, de quien nada habia sabido en todo un año.— ¿ Podriais decirme dónde vive Mr. Dulis ? — ¿ Pues no ? es nuestro vecino : vive en un gran palacio, que encontrareis en la primera calle, á mano izquierda.— ¡ En un gran palacio ! ¿ vive con su tio ? — ¿Su tio? eso quisiera ; ya ha mucho que ha muerto.— ¿ Muerto ? — Sí señor; pues qué, ¿ no lo sabiais ? Pero yo os contaré todo lo ocurrido : vereis como la fortuna anda, yo no sé cómo con ciertas gentes : la agua va siempre al rio, como dice el proverbio. El tio de Mr. Dulis tenia millones, y estaba viudo, con dos hijos ; pe-

ro hételе aquí que viniéron las viruelas ¡ y qué malignas han sido en esta ciudad! porque yo tambien tenia un ahijado que se ha muerto: ¡ qué muchacho! hermoso, hermoso, hermosísimo y gracioso mas que ninguno.— Continuad os suplico.— Ved aquí, pues que las viruelas le quitaron los dos hijos en quince dias, ¡en quince dias señor! ¿no es una cosa bien triste? El pobre padre quedó tan desconsolado, tanto, tanto, que de allí á poco enfermó, y se fue á ver á Dios: le he visto enterrar: ¡ qué pompa! ¡qué aparato! — Adelante.— Mr. Dulis heredó todos los bienes: ¡ no ha-

brá encontrado mal pegujar ! ¡ caramba ! Era el comerciante mas rico de esta provincia.— ¿ Con que Dulis ha sido su heredero ? Sí señor ; todo lo ha heredado : el palacio , las tierras , las casas , los ganados , todo , todo , todo ; justamente hacia un mes que habia entrado en la mayor edad : ved en qué buenas manos ha caido todo.— ¡ Qué dicha para la humanidad que Dulis sea rico ! ¡ Ah ! quántos serán felices por su beneficencia ! ¿ Felices ? sí por cierto ; rameras y vagamundos son á los que hace felices : no se da mala maña : su casa es una feria : ¡ qué confusion!

Pronto dará con los trastos en tierra si continúa de este modo... Pero, ¡ ó Dios mio ! ¿qué es lo que he dicho ? ¡ habrá lengua mas maldita que la mia ! perdonad, caballero, si sois amigo de Dulis. Soy tan habladora ! por todo quanto tengo no quisiera que supiese lo que he dicho, ¡ porque tiene mal genio, y tiene tanto influxo !.... ya se ve ; por eso comete tantas injusticias..... ¡ qué no sepa contenerme!... pero perdonad : alguno me llama desde la cocina : soy muy servidora vuestra.

La muchacha habia desaparecido ; y Gerardo y su hermana quedaron petrificados con lo que acababan

de escuchar. Dulis rico, no era sorpresa para Gerardo; ¡ pero Dulis malvado! ¡Dulis rodeado de rameras y hombres perdidos! ¡Dulis capaz de cometer injusticias! Esto le parecia imposible. No, no es este Dulis, decia, el que he conocido en el colegio; debe ser otro; esta muger está equivocada, un buen natural no se muda tan facilmente; y quien en sus primeros años vertia lágrimas á la mera narracion de una accion virtuosa, no puede hacerse un hombre tan perverso.

Sin embargo, este tio que tenia dos hijos; este Dulis sobrino suyo; todo se conforma con la famiiia de

Pronto dará con los trastos en tierra si continúa de este modo... Pero, ¡ ó Dios mio! ¿qué es lo que he dicho? ¡ habrá lengua mas maldita que la mia! perdonad, caballero, si sois amigo de Dulis. Soy tan habladora! por todo quanto tengo no quisiera que supiese lo que he dicho, ¡ porque tiene mal genio, y tiene tanto influxo!.... ya se ve; por eso comete tantas injusticias..... ¡ qué no sepa contenerme!... pero perdonad: alguno me llama desde la cocina: soy muy servidora vuestra.

La muchacha habia desaparecido; y Gerardo y su hermana quedaron petrificados con lo que acababan

de escuchar. Dulis rico, no era sorpresa para Gerardo; ¡ pero Dulis malvado! ¡ Dulis rodeado de rameras y hombres perdidos! ¡Dulis capaz de cometer injusticias! Esto le parecia imposible. No, no es este Dulis, decia, el que he conocido en el colegio; debe ser otro; esta muger está equivocada, un buen natural no se muda tan facilmente; y quien en sus primeros años vertia lágrimas á la mera narracion de una accion virtuosa, no puede hacerse un hombre tan perverso.

Sin embargo, este tio que tenia dos hijos; este Dulis sobrino suyo; todo se conforma con la famiiia de

su amigo. Gerardo no podia dudar que fuese el mismo; pero en fin, decia, que se distraiga y pase como quiera el fuego de su juventud; que sea injusto, respecto de algunas personas podrá ser; pero no es posible que lo sea con su antiguo amigo, con este Gerardo, á quién tantas veces estrechaba entre sus brazos. Nos complacemos en volver á ver los amigos de nuestros primeros años: esto nos recuerda unas localidades, unos placeres puros é inocentes, que aun en la ancianidad conmueven agradablemente. ¡O! se decia á sí mismo, Gerardo será bien recibido, no cabe duda, se aver-

gonzaba de haberse atrevido á sospechar de su amigo. Con todo, como no faltan exemplos de ingratitud en los hombres, Gerardo irá solo á recibir los abrazos de su amigo, ó á exponerse á la dureza de un ingrato y perjuro. No llevará consigo á su hermana para no exponerla al desayre de un mal recibimiento. Si sus deseos se cumplen, entónces volverá por Julia, la presentará á Dulis, y está seguro de que se la presentará, porque no duda de que será bien recibido.

Despues de haber hecho este plan, se entregó Gerardo á las dulzuras del sueño, que no tardó en

venir á reparar sus fuerzas. Durmió profundamente: es tan cierto que ninguna sospecha se ha arraigado en su alma; tan estrangera para el vicio que no puede concebir su exîstencia. La criada de la posada es una habladora que dice lo que sabe y lo que no sabe: tal es la reflexîon que Gerardo hizo al despertarse á la mañana siguiente. Se vistió, se desayunó con su hermana, la dexó encomendada á la ama de la posada, y se encaminó, lleno de dulces pensamientos, á la habitacion de Dulis.

El aspecto exterior del edificio le encantó desde luego; y se regocijaba pensando en la felicidad que

allí debia disfrutar su amigo. Preguntó por Mr. Dulis; y un terrible Suizo le respondió con aspereza: subid á la antecámara. Lo hizo; pero encontró con un lacayo que le preguntó; ¿qué quieres? — Mr. Dulis? — Duerme. — Esperaré. — ¿Qué se te ofrece? * — ¿Lo que... se me... ofrece? — Sí: ¿qué tienes que decirle? — No os importa el saberlo. — ¡Ola! ¿con qué no me importa? Pues le importará

* Debe tenerse presente, que Gerardo iba vestido de labrador; y así su trage y figura de rústico es lo que excitó la altiva llaneza del lacayo.

tal vez á Mr. Dupuis, el ayuda de cámara del amo. — Yo no tengo que hacer con ese Dupuis. — ¡Ese Dupuis! ¡no es mala llaneza! ¡qué modo de hablar! pues, amigo, será preciso que digas á ese Dupuis lo que se te ofrece con el amo, pues las gentes de tu estofa no entran aquí sin esta formalidad preliminar. Indignado Gerardo le dixo: sabed que las gentes de mi clase valen mas que todas las de la vuestra. El lacayo y otros dos que estaban en la antecámara, dieron una gran carcaxada, diciendo: ¿quién será este salvage? no seria malo echarle á la calle. Gerardo se sentó,

y ellos continuáron : ¡ bravo ! el se ha arrellanado ; sin duda está de mal humor ; pero tiempo tendrá para sosegarse ántes que se levanten Mr. Dupuis y el amo.

Lanzaron á Gerardo una mirada despreciativa, volviendo á sentarse á la mesa en que estaban jugando á los naypes, quando entró nuestro buen labrador, del qual no hacian el menor aprecio, al paso que el los miraba con cierta fiereza, mezclada de indignacion, y diciendo para sí : ¡ viles esclavos! ¡insolentes ! Estos pícaros tienen sin duda mucho mas orgullo que sus amos. Seguramente iguora Dulis la

falta de atencion con que reciben á los forasteros, porque no lo toleraria, siendo el tan bueno y humano.

Así discurria Gerardo; y sin embargo, su corazon estaba oprimido. Nunca habia amado el fausto y usos de las gentes opulentas, todo quanto miraba le afligia, detestaba en su interior aquella vana profusion; y le parecia ligereza é inconseqüencia de parte de Dulis una inútil pompa, siendo tan dulce el vivir con sencilla comodidad, y hacer felices á otros con lo superfluo de nuestros bienes. Esto se proponia representar á su amigo,

quando renovasen su primera intimidad; pero aun no habia llegado á este término, y todavia le quedaban que ver cosas mas inesperadas.

Hacia mas de una hora que aguardaba, quando entró precipitadamente un lacayo, y dixo á los de Dulis; todo está preparado: la expedicion se hará por la puerta falsa: el padre estará dormido, y la señorita acudirá á la seña: yo espero que Mr. Dupuis me recompensará los muchos pasos y fatigas que me cuesta este asunto: ponderadselos bien, y despacharemos juntos quatro botellas de málaga.

Dicho esto se marchó, y los otros volvieron á su juego. Admirado Gerardo de todo esto reflexîonaba: un padre dormido... una jóven que acudirá á la seña... ¿Será Dulis tan corrompido, que se atreva á seducir la virtud? Y este tráfico infame, cuyo director parece que es Mr. Dupuis... Mucho deseo concibió Gerardo de conocerle. Sin duda; decia entre sí; que este Dupüis es el que gobierna y dispone de la casa. Mucho temia el buen labrador que la criada de la posada se hubiese quedado corta en la pintura de la conducta de Dulis. Espera un momento, virtuoso Gerar-

do, y formarás idea del conjunto de este quadro, bien nuevo para tus ojos.

Se pasó otra hora, y ninguno comparecia; pero al cabo se presentó un desconocido pálido, y con señas de haber perdido la noche, ¿se puede hablar? dixo á media voz al lacayo, que parecia ser mas allegado á su señor. — Sí, sí. — ¿ Pero este hombre? — No importa; es un rusticazo, demasiado ignorante para comprehendernos.

Gerardo que habia oido distintamente este principio de conversacion, prestó por lo mismo mas atencion; y el incógnito añadió:

ya ha muerto. — ¿De las heridas? — Todo el barrio está alborotado: de todo acusan á Isabelita, en cuya casa ha cenado: esta es la mas interesada en callar. — Pero su criado... — Este se hallaba presente al tiempo de la disputa del señor con aquel bárbaro Capitan: bien ha podido decirlo todo; pero ¿sabes lo que he hecho? Al instante he ido á casa del escribano nuestro camarada; le he contado el lance; en un instante ha juntado algunos alguaciles, y sin perder un punto le ha notificado al criado la órden de salir en la misma hora de la ciudad con motivo supuesto. El es

un picaronazo, y merece esto y mucho mas; á la hora de esta se hallará ya bien léjos; el secreto está entre nosotros, y yo he hecho correr la voz de que el Capitan habia sido muerto en la calle por unos ladrones. — ¿Y lo sabe todo Mr. Dupuis? — Sí por cierto; pero no adivinarás donde le he encontrado. No, no se descuida: le he hallado á tiempo que con el auxîlio de Ricardo arrebataba... pero ya lo sabrás todo, pues Mr. Dupuis viene tras de mí, y aun admiro como tarda tanto.

A estas palabras, el incógnito levantó la voz, y hab.ó con los la-

sayos de cosas indiferentes. ¡ Pero Gerardo !... ¡ O ! no sabia si estaba en la tierra ó en el infierno; no podia concebir tantos horrores; y aunque no comprehendia bien un suceso en que intervenian un hombre muerto y otro expatriado, conocia bien que Dulis representaba un papel harto principal en esta abominable escena. ¿ Verá á este hombre á quien ya no se atreve á dar el título de amigo? Sí; le verá pues aun no puede creer que se expone á ser insultado. ¡Se amaban tanto en otro tiempo ! Consideraba Gerardo el trabajo del viage que habia hecho, y no queria volverse sin respuesta,

qualquiera que fuese. Además, deseaba ardientemente conocer á este Mr. Dupuis, de quien se hablaba tanto, cuyo nombre se pronunciaba con el mayor respeto, y que á su parecer era un malvado, que habia pervertido á su señor, y habia malogrado la índole mas dispuesta á la virtud. Estaba impaciente por ver á tan insigne personage quando se abrió la puerta, y levantándose prontamente todos los lacayos, dixéron en voz baxa: es Mr. Dupuis.

Palemon advirtió que era ya tarde, hizo callar á Armando, y se suspendió hasta el dia siguiente una lectura que tanto interesaba á los

muchachos, quienes sintieron no poder acabarla. Amigo lector, yo hago lo mismo que Palemon; pues la hora del descanso me llama, dexo la pluma, y te convido para que mañana por la tarde oigas lo restante de la historia de Dulis y Gerardo.

TARDE QUINTA.

LA PIEDAD FILIAL.

Se interrumpe la historia de los dos estudiantes, para oir á un jóven músico.

Llegó por fin esta tarde tan deseada de nuestros muchachos, que acudieron con anticipacion al lugar acostumbrado. Todos se sentaron, y esperaban impacientes á su padre Palemon, depositario del libro que les habia parecido tan

agradable. Deseosísimos estaban de conocer á fondo á este Mr. Dupuis, cuyo infame carácter adivinaban, y se entretenian hablando del mal recibimiento que temian hiciese Dulis al virtuoso Gerardo. ¡Quánto amaban á éste, y quánto se interesaban en su suerte! ¡Ah! sus buenas qualidades y su pobreza eran mas apreciadas de nuestros niños que toda la brillantez y el fausto del perverso Dulis.

Palemon tardaba, y tampoco estaba allí Marcela. ¡Si á lo ménos tuvieran el libro! Podria Armando continuar la historia que sin duda sabia ya su padre. Y tú

tambien, lector mio, ¿no tomas parte en la viva curiosidad de nuestros tiernos héroes? Paciencia: pronto proseguiremos la historia de Gerardo; mas por ahora nos lo impide un accidente que no dexará de inspirarnos muy particular interes.

Se habian puesto los muchachos á divertirse en algunos juegos propios de su edad, quando de repente los conduxo hácia la puerta el agradable sonido de una flauta. Un jovencito de doce á quince años, un saboyanito era quien tocaba tan dulce instrumento; y en sus miradas daba á en-

tender que buscaba una casa cu-
ya situacion no conocia; pero re-
parando en los muchachos, les di-
xo: ¿vive por aquí el buen Pale-
mon? — Aquí mismo. — ¿Sois sus
hijos? — Sí. — ¡O! ¡quánto me ale-
gro de encontraros! A vosotros so-
los os busco: dexadme entrar, y
os lo contaré todo, tengo mil co-
sas que deciros.

Entró el músico con los mu-
chachos, quienes cerrando luego la
puerta, le llevaron al terrazo, le
obligaron á sentarse, y en una pa-
labra, le hicieron todos los ob-
sequios debidos á un extrangero.
Quando nuestro músico ya se hu-

bo sentado con cierto ayre de gravedad, y se habia limpiado el sudor que corria por su frente, los miró con interes, y luego les dixo: Ahora bien, amiguitos mios, es preciso que yo cumpla una promesa muy sagrada; sois cinco, ¿no es esto? — Sí; y todos hermanos.

— Sacó entónces el flautista un bolsillo lleno de escudos, hizo cinco partes; y luego puso en la mano de cada qual una porcion, y les dixo: esto es lo que os toca. Atónitos los niños no sabian que hacer. — ¿Os burlais, amigo? Este dinero no puede ser nuestro: ¿quién nos le habia de dar? — Yo

digo que es vuestro, y tomadle: pronto sabreis quién os hace este corto regalo. — Pero... — Pero es preciso tomarle: así lo desea quien me envia. — El que os envia no será nuestro padre, dixo Adela, y no podemos aceptar vuestros dones sin su permiso, ó á lo ménos sin que sepa... — Todo lo sabrá, y será de su aprobacion; este dinero es vuestro: lo habeis ganado legítimamente. — Pero decidnos siquiera... — ¡Ah! eso sí; con mucho gusto, tal era mi intencion; pero guarde cada uno su parte en su bolsillo, y luego hablaré.

Confusos miraban los muchachos el regalo ¡cada uno quince libras! ¡qué cantidad para ellos! No sabian si debian guardar el dinero; pero al cabo se determinaron á hacerlo despues de haberlo reflexîonado; aunque resueltos á no dexar salir al músico sin restituirle la suma, si las razones que les diera no les pareciesen legítimas.

Sentado el saboyanito iba ya á descubrir el autor de este beneficio, quando de repente llegaron Palemon y Marcela. Que me digan los muchachos por qué, al ver á su padre, se avergonzáron como si acabasen de cometer al-

gun crímen; que me digan el mo-
tivo por qué les palpitaba el cora-
zon, y no se atrevian á pronunciar
palabra; pero esto consiste en que
un beneficio que se recibe, y cuyo
principio se ignora, humilla mas
que satisface. Por esto los corazo-
nes honrados experimentan cierta
confusion al recibir un favor; y en
fin, un beneficio recibido de perso-
na desconocida, sin motivo antece-
dente, envuelve en sí cierta espe-
cie de ultrage.

Palemon advirtió la turbacion
de sus hijos, vió en su casa un des-
conocido, y le preguntó afable-
mente que era lo que se le ofre-

cia. Era preciso que el músico respondiese, porque ninguno de los muchachos se atrevia á hacerlo: pues habiendo recibido el dinero temian que su padre los graduase de imprudentes. El incógnito, pues, tomó la palabra, y refirió á Palemon lo que acababa de decir á sus hijos, y el placer que experimentaba en que hubiesen aceptado su regalo.

Atentos ellos á Palemon, exâminaban si fruncia el ceño; pero quedaron agradablemente sorprehendidos viendo que se sonreia, y aun se chanceaba sobre el asunto. A la verdad, amiguito, dixo al mú-

sico, que esto parece un milagro: yo me alegraria de hallar una buena alma que todos los dias me hiciese igual favor. ¿Con que estais muy ricos? Me alegro mucho, muchísimo; pero, sin duda, deseareis tanto como yo saber quién es el generoso que os ha regalado con tanta liberalidad. Supliquemos, pues, á nuestro huesped, que nos explique este misterio; pero entretanto me parece muy justo que le deis algun refrigerio.

Adela corrió á la cocina, y volvió con pan, vino y frutas; y el músico las aceptó con despejo. Todos se sentaron; ya no se trataba

del libro grande; el interes mayor venció al menor; y luego que Marcela tomó la labor, y se puso los anteojos, el jóven incógnito comenzó la narracion siguiente.

HISTORIA DEL PADRE CIEGO.

Nací en las montañas de Saboya; mi padre fué muy jóven á París á ocuparse en el útil oficio de aguador. Verdad es que no tiene este estado tanta aceptacion como el de un comerciante rico; pero quando se considere lo trabajoso que seria á qualquiera dexar su casa para ir con el cántaro ó

cubeta á traer repetidas veces agua del rio hasta los diferentes quarteles de París, confesará desde luego lo mucho que se debe á estos hombres laboriosos que por tan corto precio escusan á los otros tantas fatigas... ¡Ola! es preciso que me perdoneis si alguna vez os parecieren necias mis reflexîones; yo no he aprendido á hablar ni discurrir con finura; nunca he freqüentado las casas grandes ni las numerosas sociedades; siempre he vivido entre el pueblo artesano, y así solo puedo imitar á este.

Yo era el único hijo de mi casa, mi madre murió miéntras mi

padre estaba en París. Tenia yo entónces ocho años; un vecino caritativo se compadeció, me llevó á su casa, y escribió á mi padre, el qual se apresuró á volver á Saboya, para arreglar algunos cortos asuntos. Ved aquí, pues á mi padre Gilberto, quien con el apretador sobre el hombro, llegó á casa de nuestro vecino, y me estrechó lloroso entre sus brazos. Hijo mio, me dixo, has perdido á tu madre, y con ella toda tu felicidad; tu padre es un pobre jornalero que no ha tenido tiempo para hacer dinero alguno; es preciso que vayas con él á París,

donde te enseñaré medios de exîstir, limpiando chimeneas, sirviendo á los pasageros, ó haciendo recados. Esta es la suerte que te espera, querido Josef; pero si te aplicas y eres honrado, serás feliz, sin necesitar de una fortuna brillante.

Dicho esto, volvió á abrazarme tiernamente, dió las gracias al piadoso vecino, vendió los pocos efectos que le restaban, y pasados algunos dias, se puso en camino, llevándome de la mano. Nos hubiéramos visto reducidos á perecer de necesidad, si no nos hubiésemos detenido en los lugares, donde ga-

ñamos alguna cosa llevando fardos. Solo nos quedaban sesenta leguas de camino, quando de improviso un terrible accidente privó á mi padre de la vista. ¡ Gran Dios! ¡ cómo podré contaros tan trágico suceso sin deshacerme en llanto!

Serian las ocho de una noche de las de otoño que era muy obscura; y estabamos á la entrada de un pueblo, donde por fuerza nos habiamos de detener. Llamé á la puerta de una quinta, y pedí permiso para pasar con mi padre la noche en el establo. Me respondieron con aspereza que no admitian gentes

desconocidas; insistí, y me arrojé á los pies del ama de la quinta, la qual, mas compasiva que su marido, exclamó: ¡pobrecito! no puedo resolverme á no darle acogida. ¿Dónde está tu padre? — Mirad, allí baxo: ¿padre mio? ¿padre mio? La respetable fisonomía de éste acabó de conmover á la buena señora, á la qual dixo duramente su marido: ¿pero dónde quieres ponerlos, si con motivo de la cosecha está todo lleno de gente? — No importa; los pondremos en el granero viejo, donde no hay sino un poco de paja; y aunque no está bien cerrado, allí á lo ménos

estarán mejor que al sereno. Nos conduxo, pues, la caritativa muger al granero, y aun tuvo la bondad de hacernos traer pan, agua, y algunos restos de la cena. Cenamos alegremente, y luego nos tendimos cada uno en el rincon que nos pareció mas á propósito. Dormia yo profundamente quando á cosa de las cinco me despertó un espantoso ruido. Llamé á mi padre, se puso á escuchar, y me dixo que eran cañonazos que tiraban en la ciudad próxîma. Habiamos pasado en ella la víspera, y se disponia una gran fiesta para el siguiente dia.

Entretanto observaba yo que á cada cañonazo la estancia miserable, en que nos hallabamos, temblaba demasiadamente. Mi padre, que estaba vistiendose, observaba lo mismo; y asustado me dixo: despacha Josef, vistete aprisa, que aquí no estamos seguros, pues este desmoronado edificio puede de un instante á otro sepultarnos en sus ruinas. A estas palabras se apoderó el terror de mis sentidos, salgo precipitadamente de la estancia; y apénas estaba fuera quando una terrible descarga adelantó la ruina de la fábrica. Oyóse un horrible cruxido, se abrieron las paredes, ca-

yó el edificio, y los tristes clamores de mi padre, me declararon que habia quedado envuelto en las ruinas.

¡ Qué habia de hacer, gran Dios! ¡ qué habia de hacer en tan cruel situacion! Si corria á la quinta, estaba muy separada, y podia mi padre morir ántes de darle socorro. La ternura y el temor me dieron una fuerza sobrenatural; y sin consultar á las mias creí que podia escombrar las ruinas, apartar los pesados maderos, y desembarazar á mi padre. Al mismo tiempo que trabajaba, pedia á voces socorro; y por dicha, una hija de la casa que cogia legumbres, me oyó, pues el rui-

do de la caida del granero la habia asustado, y la curiosidad la traía al lugar de las ruinas. Esta buena muchacha corrió á la quinta, y luego volvió acompañada de varios hombres robustos, que acabáron la obra, que me parecia haber yo adelantado mucho, porque habia separado algunos terrones. Al verlos allí el consuelo y la esperanza me hiciéron sentir mi cansancio, pues tenia pies y manos ensangrentados, y un sudor frio se extendia por todo mi cuerpo. Me hallaron casi sin sentido, y me trasladaron á la quinta, donde no volví en mi acuerdo, sino para ser testigo

del dolor de los que me rodeaban ; y particularmente la ama de la posada no podia perdonarse el ser, en cierto modo , la causa de esta desgracia. Padre mio , padre mio , ¡exclamé ! — ¡ Tu padre ! ¡ tu padre !.. ¡pobre muchacho ! — ¿ Ha muerto ? — ¡ Mas valia ! — ¿ Pues qué le ha sucedido ? — Ha perdido la vista. Vete á verle al hospital, adonde acaban de trasladarle ; Juana , acompaña , á ese muchacho adonde está su padre : ¡ ó Dios mio! ¡ por qué ha sucedido en mi casa tan funesto accidente !

Yo no la escuchaba, pues ya estaba caminando , y tan apriesa que la

criada á duras penas podia seguirme. Estaba el hospital á media legua de allí, en la ciudad donde habian disparado los cañonazos, causa de nuestro infortunio. Despues me dixéron que la fuerza del viento era la causa del desplome del edificio; si esta fué la verdadera causa, ó los cañonazos, eso es lo que yo no lo puedo alcanzar. No os pintaré mi desesperacion quando me arrojé sobre la cama de mi padre, el qual no habia recobrado el uso de la lengua, si no para preguntar por su hijo. Cerca de él estaba este hijo querido; pero jamás podia volver á verle. El infeliz Gilberto

estaba todo quebrantado, y las astillas de las maderas rotas le habian sacado los ojos. Mi padre, segun el cirujano, sanaria de sus heridas; pero nunca recobraria la vista.

Tuviéron la bondad de permitirme quedar en el hospital para cuidar de mi padre, y aun me mantuviéron por caridad. Al cabo de dos meses, restablecido enteramente mi padre, dexamos este piadoso asilo, sin otro recurso que el de mendigar. Convinimos en que yo llevaria por todas partes á mi padre, y pediria limosna para él pues el grande amor que le tenia, nada

presentaba á mis ojos que fuese desagradable, si convenia para su alivio. Segun ibamos encontrando gentes, gritaba yo: *¿ no hay quien socorra á este pobre ciego?* Unos me daban, muchos me despreciaban; y yo entregaba fielmente á mi padre el producto de las limosnas, sin abandonarle un minuto.

Gentes del mundo, que encontrais al ciego y á su hiio, y los mirais con ojos despreciativos, ¡ qué léjos estais de la naturaleza! Pero advierto que estoy moralizando; aunque no os sorprehenderá el oirme quando supiereis que he aprovechado las lecciones de un sabio y un

bienhechor, cuya pérdida sentiré toda mi vida.

Una señora anciana, que pasaba un dia por el mismo camino que nosotros, quedó encantada, segun despues me dixo, de mi figura, y de la compostura y candidez que distinguia en mi semblante; y despues de haberme dado algunas monedas, me dixo: — ¿A dónde vais de esta suerte, hijo mio? — Señora, vamos á buscar un alvergue para pasar la noche que se acerca, y temo que su frialdad haga daño á mi padre. — ¡Cómo! buen hombre, ¿este muchacho tan gracioso es hijo vuestro? —

Sí señora, y es muy bueno. Yo os lo creo, — bien lo anuncia su rostro: ¿ qué edad tiene? — Diez años. — ¡ Es muy hermoso! Pero ¿ dónde acostumbrais pasar las noches? — En el primer rincon que la caridad nos franquea. — Escuchad, buenas gentes: yo quiero recogeros; tengo dos camas en una sala baxa, que ocupaban dos hijos de mi jardinero, que ahora estan en el exército; todas las noches podreis disfrutarlas; durante el dia ireis á pedir limosna adonde quisiereis, y al obscurecer os entregarán la llave de vuestro quarto. Yo me obligo á dulcificar vuestra suerte: ve-

nid, seguídme. ¡ Dios mio ! ¡ quánto me interesa este niño ! Mi casa está muy cerca : venid conmigo y agradeced á Dios el haberme encontrado.

La buena señora caminó delante de nosotros, mi padre la llenaba de bendiciones ; y á poco rato llegamos á una hermosa casa, situada enteramente en el campo , y en la qual todos los criados imitaban la humanidad de su señora. Nos entregáron la llave del quarto baxo, nos dieron tambien de cenar , y nos acostamos en dos camas que nos pareciéron de blanda pluma , que como habia muchísimo tiempo que no sa-

biamos lo que era dormir en cama.

A la mañana siguiente la muger del conserge nos dió de almorzar, y salimos á los caminos á implorar la compasion de los buenos corazones. Ya es tiempo de haceros conocer las almas caritativas que nos habian franqueado un asilo, á la verdad alejado del cuerpo de la casa, pero cómodo y acompañado de otras mil conveniencias.

Madama Aubri vivia de sus rentas con su hijo, hombre de treinta y cinco á quarenta años, cuya única ocupacion eran el estudio y la beneficencia. Ninguno se apartaba de su presencia sin salir consolado,

cuidaba sobremanera de su madre anciana, y algo enferma; ningun dia dexaba de ir á desayunar junto á su lecho, porque la buena señora se levantaba muy tarde; por la noche la hacia la partida, y por todos los medios posibles procuraba pagarla los cuidados que la habian costado su crianza y educacion. Madama Aubri era viuda de un hombre enriquecido en el comercio, pero habia experimentado desgracias, y sabia acomodarse á las circunstancias.

Hubieramos podido libertarnos de mendigar, segun el cariñoso extremo con que nos trataba; pe-

ro temiamos que se persuadiese á que queriamos serla enteramente gravosos. Nos hacia mil regalos ; á cada paso decia á sus criados : llevad esto al pobre ciego ; guardad aquello para el buen ciego ; comprad tal cosa para Pepito. Ella y su hijo tenian muchas veces la bondad de venir á visitarnos ; me hacian cantar algunas cosuelas de mi país; reian á carcaxadas , y se retiraban; despues de habernos regalado alguna cosa. Un dia se le antojó al hijo enseñarme á tocar la flauta , en que era diestrísimo , y quiso enseñarme á tocarla , persuadiendose á que me seria útil para ga-

nar la vida, si tenia la desgracia de perder á mi padre, ó de verme separado de él. En consecqüencia de esto, me daba todos los dias leccion, y tardé poco en acreditarle que sabia aprovecharme de su condescendencia. Igualmente me enseñó á leer y escribir, y me instruyó en todo quanto cabia en mi corto entendimiento. No hay beneficio que mi padre y yo no hayamos debido á estas dos generosas criaturas; pero la felicidad dura poco. Entro en el suceso mas particular de mi vida; escuchadme con atencion, y oireis un lance tan extraordinario que es preciso ser muy desdichado para ha-

ber sido el héroe principal del caso.

Habiamos pasado tres años en esta casa, y hacia dos que nuestros bienhechores habian exîgido que mi padre no saliese á pedir limosna. Todo lo hallabamos en este asilo; y aun Mr. de Aubri pensaba en procurarme un buen establecimiento, quando la desgracia, que nos perseguia, vino á trastornar todo el edificio de nuestra esperanza y tranquilidad.

Mr. de Aubri estaba muy amenudo distraido y taciturno; habia momentos en que parecia agitado de una terrible desesperacion, y hacía cosa de un mes que es-

tos accesos eran mayores. Su madre le preguntaba continuamente la causa ; pero él se escusaba con que el estudio le enardecia la cabeza. Estaba reservado á nosotros el descubrir la causa de su melancolía , como vais á verlo.

Una tarde que yo volvia de pasear con mi padre al obscurecer, advertí que todavia nos faltaba media legua para llegar á casa, y sentí un involuntario estremecimiento. Hacia algun tiempo que se hablaba de una tropa de vandidos que infestaba el país ; pero aunque nuestro trage seguramente no nos exponia á ser robados , el temor

no reflexîona. Nada dixe á mi padre de que obscurecia, pero le empeñé á doblar el paso pretestando que el ayre refrescaba mucho. Creyóme el anciano, y caminabamos apriesa, quando al doblar un bosquecillo, dos hombres desatentados se arrojaron sobre nosotros con tal atropellamiento que parecia venian huyendo. El uno de ellos estaba herido y derramaba mucha sangre de un brazo, aunque le tenia envuelto en un pañuelo. Su ímpetu casi derribó á mi padre. ¡Cielos! exclamé, ¡habrá tal aturdimiento! — ¿Cómo aturdimiento? ¿por qué no se aparta á

un lado? — ¿No veis que mi padre es ciego? ¿Ciego?.. Compadre, aquí tenemos el hombre que necesitamos. — Sí por cierto, dixo el otro desconocido, y la casualidad nos le presenta, llevémosle.

A estas palabras los crueles me arrebataron la flauta que siempre llevo conmigo, cogieron á mi padre de los brazos, y le obligaron á caminar con ellos. Juzgad de su espanto, de sus clamores, y de los mios. En vano les suplicaba que me restituyesen á mi padre, pues los bárbaros se reian de mis lágrimas. Quise á lo ménos seguirlos; pero uno de ellos me dió un terrible empellon, y me arrojó en

tierra. Me esforzaba á levantarme, quando el mismo malvado sacó de su bolsillo unos cordeles, y llevó su ferocidad hasta el estremo de atarme á un árbol, en presencia de mi padre, que dirigia al cielo melancólicos gemidos.

Quando me hubo atado, volvió el monstruo á coger á mi padre, que no queria alejarse de su desgraciado hijo. Los dos vandidos tomaron en sus brazos al anciano que no pudo resistirse; y tuve el dolor de verme arrebatar el padre, sin poder seguirle, y sin quedarme mas consuelo que el llanto. Pintaos mi situacion, amigos mios,



En medio de un bosque umbroso,
El padre ciego y anciano,
Al misero Saboyano
Le roba un facineroso:
Acongoxado y lloroso,
En tan duro sentimiento,
Con melancolico acento
Explica su mal prolijo.
Porque sin su padre un hijo
Es como nave sin viento.

Alexº Blanco la grabó

y decidme si puede darse otra mas horrorosa. Consideradme solo en un bosque al cerrar la noche, liado á un árbol, y sin esperanza de ver pasar algun hombre sensible que desatase mis lazos. Todo me asustaba, todo me estremecia; las sombras no me permitian distinguir los objetos; oia á lo léjos las voces espantosas de los animales que habitaban las espesuras; creia que se acércaban á devorarme; y el mas pequeño ruido me presentaba en la aprehension una fiera que venia á despedazarme. Estos temores, el fúnebre silencio de la noche, y el horror de mi situa-

cion casi me privaban del sentido, quando de repente descubro á lo léjos...

Aquí interrumpió Palemon al jóven músico, para advertir que era hora de que su familia se retirase. Levantóse Josef, y prometió á los muchachos continuar en primera ocasion su historia. Dexemos á Palemon disfrutar de la incertidumbre de sus hijos acerca del dinero que habian recibido, pues que Josef no habia tenido tiempo para descubrirles el orígen; y veamos si este amable jóven, modelo del amor filial, les cumplió la palabra al dia siguiente.

TARDE SEXTA.

LA INGRATITUD.

Continuacion de la historia de los dos estudiantes.

¡Qué mañana tan larga! ¿no llegará la tarde? así decian los muchachos. Sin embargo sus estudios y diferentes ocupaciones abreviaban el tiempo que les parecia tan largo. Llegó el mediodia, pasóse la siesta y llegó en fin el sol á tocar en los primeros términos del occidente. Estaban ya á este

tiempo los muchachos sobre el terrazo esperando impacientes al saboyanito; y su padre entretanto les hacia sabias reflexîones acerca de los sentimientos que inspira la naturaleza en un alma bien educada; pero advertia que su moral era casi inútil pues todos esperaban á Josef, y teniendo los ojos clavados en la puerra, al menor ruido creian que llegaba el deseado historiador. ¡Pero no venia! ¡qué lástima hubiera sido que los dexase toda una noche en la incertidumbre de lo que en el bosque le sucedió atado á un árbol! ¡qué pérdida para su curiosidad si no

volviese á la granja! Entretanto la hora se adelantaba, desesperaban de verle esta tarde, y en todas sus fisonomías se pintaba el descontento. Advertia Palemon el disgusto de sus hijos; y para distraerlos por medio de una ocupacion agradable (porque ya sospechaba que sus lecciones de moral eran por entónces inútiles), propuso que fuesen á traer el libro grande para acabar de leer la historia del buen Gerardo.

Obsérvese la extravagancia de los hombres. Los muchachos dos dias ántes deseaban ansiosos saber el fin de esta historia; otra nue-

va les conduxo poco á poco al mismo grado de interes; y ya se prestaban casi con indiferencia á escuchar la primera ¿y por qué? porque no era esta la que querian saber. Sin embargo era preciso aguantar pues que Josef no venia. Palemon, traido el libro grande, le entregó al lector Armando; y todos los muchachos despues de haber recordado que habian quedado en la llegada de Mr. Dupuis, prestaron atencion.



Su propio bien no comprende,
Y al verse favorecido
Del mismo, á quien há ofendido,
Dulis matarse pretende;
Que es atroz insulto entiende
Fabor que tanto le pesa
Y el corazon le atraviesa,
Porque no cree en la verdad
De una sincera amistad
Aquel que no la profesa.

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE DULIS Y GERARDO.

Todos los criados se habian levantado respetuosos á recibir á Mr. Dupuis; pero Gerardo habia permanecido sentado para observar mejor á este personage. Era un hombre como de treinta años, bien formado, pero de una fisonomía que parecia habérsela robado á algun bribon segun la falsedad que la caracterizaba. Mr. Dupuis veia á Gerardo sin mirarle; habló largo tiempo en voz baxa al incógnito, á quien despidió; y acercándose con ridículo ayre de pro-

teccion á Gerardo, dixo: ¿qué se ofrece, amigo? — Hace dos horas que aguardo para hablar á Mr. Dulis. — Aunque esperases quatro seria lo mismo, porque no puedes verle. — ¿No? — No: es preciso que me digas á mí lo que le quieres. — ¿Con qué Mr. Dulis no ve á sus amigos sino por apoderado? — ¿Sus amigos? ¿Tú eres su amigo? ¿Tú? — Yo haré arrepentir á usted de sus burlas quando sepa Dulis el modo con que usted trata á su amigo Gerardo... — ¡Gerardo!... Nunca ha tenido mi señor amigo de ese nombre. — Pues si, como parece, es usted el confidente de sus secretos, muchas

veces le habrá oido hablar de mí. — Nunca se ha acordado de tal amigazo; pero aunque en mi mano estaba impedirte que le vieses, quiero divertirme con el recibimiento que hará á su amigo Gerardo. Lafleur, lleva al señor Gerardo al gabinete del amo... pero no, á mí me corresponde hacer los honores, y renovar los vínculos de esta amistad. Sígueme, Gerardo... ¿Qué digo? ¡Sígame usted, señor Gerardo! ja, ja, ja...

En qualquiera otra ocasion habria dado Gerardo muy buenos moxicones á este insolente criado; pero le contenia su cólera la esperanza de que Dulis le castigaria

tan insufrible proceder. En fin, fué á verle y arrojarse entre sus brazos. Al abrirse la puerta vió que un jóven, en trage de peynar, estaba delante de una vidriera ocupado en leer una carta. Reconocióle Gerardo, y se precipitó en su seno. — ¡Dulis, amigo mio!—¿Qué es lo que quereis señor? Mr. Dupuis, ¿quién es este hombre?— Pues qué, señor, ¿no le conoceis? es vuestro mayor amigo, el amigo Gerardo, — ¿Gerardo?... — Sí por cierto, respondió nuestro buen labrador; soy tu antiguo compañero de colegio: ¿me desconocerás? — Dexadnos solos, Mr. Dupuis.

Atónito Dupuis, habló en secreto á su amo; pero Gerardo no oyó mas que estas palabras: *es prodigiosa, no puede mejorarse*. Quedó solo Gerardo con Dulis, y éste le dixo: ¿tú aquí, Gerardo? En verdad que no te esperaba. ¡Hace tanto tiempo que no nos hemos visto! — Es verdad; pero ¿te has acordado de mí en todo ese tiempo? — Sí por cierto; todos los dias; pero ¿qué es lo que te trae á esta ciudad? — ¿Puedes preguntármelo? — Sin duda disfrutas comodidades: ¿trabajas con tu padre? ¿te quiere mucho? — ¡Ay amigo mio! estoy lleno de pesares, pues mi padre ya

no exîste, y me veo arruinado.— ¡Arruinado! ¿Con que has tenido mala conducta? — ¡O cielos! ¿Tan mal piensas de tu amigo? Permite que me siente, y te contaré mis desgracias. — Siento mucho no tener ahora tiempo para escucharte. — ¿Con que... no tienes... tiempo?... ¡Cruel! ¿De este modo recibes á tu antiguo amigo, que tantas veces te ha estrechado en sus brazos? — Entónces eramos niños: verdad es que nos queriamos mucho. — ¿Y esa es la única memoria que ha quedado de tan íntimo cariño? ¡Funestos presentimientos, qué poco me habeis engañado! Pero voy

á manifestarte mi ftanqueza. No puedo avergonzarme de la promesa que voy á recordarte. *Si la desgracia te persigue*, me dixiste, *ven á buscarme; y si cometo la atrocidad de abandonarte, te permito que me traspases el corazon.* Yo soy desgraciado, y estoy aquí. — ¿Y qué quiere decir eso? ¿será alguno capaz de amenazarme en mi casa? ¿qué significa eso de *traspasar el corazon*?— Las palabras nada son; pero un amigo reclama el corazon de otro; y si te estrañas de mí, ten valor de decirmelo. — ¿Ahora vienes á recordarme expresiones tan fuertes? Los muchachos no saben lo que se

dicen. — ¿Y tienen los hombres menos alma que los muchachos?— Gerardo?— Ya me voy; no debia esperar otra cosa del amo, atendida la insolencia de los criados. — ¿Te han insultado? — Sí. — Les habrás hablado con dureza, porque nunca... — Dexemos esto: yo he venido á buscar á Dulis, no le encuentro, y me retiro para siempre. — Escucha, atiende... —¿Qué me quieres? — No se diga que un antiguo amigo mio no ha experimentado mi liberalidad. Si te hallas verdaderamente necesitado, algunos luises podrán... — Hombre ingrato y perjuro, guarda tus riquezas; prodí-

galas con mugeres perdidas, criados infames y hombres corrompidos que en ti han echado á perder la mas bella índole; niégate á la amistad, pues parece que no has nacido para conocerla; pero sabe que Gerardo nunca olvidará que Dulis solo vivió para él hasta la edad de diez y siete años. Teme que el infortunio descargue algun dia sobre ti todas sus iras; y tiembla que la suerte agote en ti todo su furor; pues el ingrato no puede ser feliz... Entónces, solo, derramarás lágrimas que nadie enxugará... ¡Desventurado! No tendrás un amigo.

Dicho esto se retiró Gerardo,

dexando á Dulis petrificado con la trágica futura suerte que le presentaban sus amenazas. Sintió Dulis su corazon oprimido con el remordimiento ; quiso llamar á su amigo y expiar su falta entre sus brazos ; pero entró Mr. Dupuis, y le ofreció mil motivos de distraccion y consuelo. Dexemos á estos perversos, y volvamos con Gerardo á la posada, donde habia dexado á su hermana, á la qual iba sin duda á sorprehender, refiriéndola lo que acababa de sucederle.

Por primera vez, experimentó Gerardo cierta especie de vergüenza al atravesar la antecámara

donde los señores lacayos estaban muy dispuestos á mofarse de él nuevamente. Gerardo viéndose engañado salia más humillado que si hubiese cometido algun delito. No podia concebir como las riquezas y el libertinage apagan en un buen corazon toda la sensibilidad. No podia resolverse á creer que este Dulis, á quien acababa de ver, fuese el mismo con quien pasó su feliz niñez; y decia para sí: ¡Dios mio! si la edad de la razon muda tanto á los hombres, ¿por qué no son siempre niños? Si la fraternidad, la bondad y la dulce confianza rodean la cuna del ser que

nace, ¿por qué no le acompañan hasta el sepulcro?... ¡Qué digo! abandonan al hombre estas benéficas virtudes en la edad en que le deslumbran las engañosas luces del vicio; pero luego que éstas se apagan, vuelven aquellas á brillar en la frente del anciano. Así es como la cuna y el sepulcro reunen los sentimientos y afectos; y el estío de la vida es la única estacion en que dominan con vehemencia las pasiones, estas furias que devoran el corazon del hombre.

Complacíase Gerardo en sus reflexîones filosóficas; pero bien pronto la imágen de la indigencia

que le esperaba, comprimió su corazon. Un temblor involuntario conmovia todos sus miembros, y conoció demasiado tarde que en la sociedad nadie debe contar si no consigo mismo. Era necesario pensar en lo que habia de hacer; y entre mil proyectos que se ofreciéron á su turbada imaginacion, al fin se resolvió por el siguiente: me pondré á servir de jornalero en casa de algun labrador; mi hermana me hará compañia; con las labores de su sexô ayudará á nuestra subsistencia; así la paz y tranquilidad vendrán á habitar con nosotros sin que conozcamos los vi-

cios de las grandes sociedades. Véase aquí un plan bien concebido y arreglado. Ansioso estaba Gerardo por comunicarle á Julia. Bien podia aprovecharse de su educacion, procurando acomodarse por ayo ó secretario; pero no queria tener dependencia; confirmándose en su primer pensamiento, entró en la posada con la misma alegría que salió para ir á casa del insensible Dulis.

Preguntó por su hermana, y le respondieron. — ¿Pues qué no está con vos? — ¿Conmigo? — Sin duda: ha salido de aquí. — ¿Salido? Explicaos mas claro, seño-

ra. — ¿Qué mayor claridad? Yo estaba en la huerta; quando volví ya no estaba vuestra hermana; y creí que habia ido á buscaros; esto es todo lo que puedo deciros. — ¡Qué oigo, cielos! ¡mi hermana! ¡Julia! ¿dónde estará? Nosotros á nadie conocemos en la ciudad... ¿Qué puedo pensar de su ausencia.? — Esperad un poco que no podrá ménos de volver, y acaso por curiosidad habrá salido á pasear un rato por esta barriada, que es la mas hermosa de Cambray.

No puede imaginarse la inquietud de Gerardo durante toda la

mañana y aun todo el dia, porque en todo él no pareció Julia. ¿Qué haré? decia, ¿adónde iré? ¿á quién se la pediré? Reprehendia agriamente á la ama de la casa, la qual le respondia con dureza, que ella no habia de llevar á su hermana colgada de la cintura como manojo de llaves. Entregado casi Gerardo á la desesperacion se determinó á ir por la noche á dar parte al Magistrado; y para esto preguntó á la criada de la posada donde vivia el Juez, por cuyo medio esperaba recobrar á su hermana. Era la criada la misma que la noche anterior le habia dado señas tan exâctas del

pérfido Dulis, la qual le dixo: ¡Ah! querido señor mio, guardaos de ir á casa del Juez. Yo os tengo mucha inclinacion porque me pareceis franco y bueno; pero mirad que no ha mucho que estuvo aquí uno de justicia, no sé si alguacil, ó lo que es; yo le miré, y conociendo al instante que era mi compadre, le dixe: ola, Tomás, ¿cómo vá? ¿cómo estan vuestra muger y el niño? Muy bien, me dixo; yo le dixe ¿quereis un trago? Y él me dixo: con mucho gusto? le dí una copa, me senté, y tomé otra para hacerle compañía, porque yo gusto mucho de mi com-

padre; es un bello hombre, sí á fe mia; mas veces ha visto el fuego de la guerra, que yo el de la cocina. — Yo lo creo, ¿pero al fin? — Al fin me dixo: ¿no está aquí aloxado un tal Gerardo? No, le respondí, porque yo no sabia vuestro nombre. No puede ménos, me dixo él: es uno como aldeano, no mal trazado, que llegó aquí ayer con una hermana suya... ¡Ah! sí, sí, aquí está, le respondí: tanto mejor, me respondió; esta noche.... ¡y añadió á esto un juramentazo!... Porque el tal mi compadre jura, jura... como un carretero; y esto no es extraño, porque

ha sido muchos años soldado, y siempre en batallas, valiente, arrojado... — Al caso, por Dios; que me teneis con la mayor inquietud. — Yo lo creo: la cosa no es para estar sosegado: no se trata de ménos que de encaxaros en la cárcel. — ¡En la cárcel! — Sí, en la cárcel: mi compadre me lo ha dicho: ¡ó! ¡pues si yo os dixera todo! — Decídmelo por Dios, hacedme el favor de no ocultarme nada. — No puede ser, porque seria muy largo de contar: además de que yo estoy de priesa, y no tengo tiempo de hablar como la criada del Grifon, que siempre está

hablando á trompon con todos los pasageros que allí se alojan ; no hay uno de quien no sepa la historia mejor que la cartilla ; así tiene tal fama de habladora. — Pero vamos al caso , por amor de Dios. — Ya estoy , ya estoy. En dos palabras , para abreviar : hoy habeis sido delatado al Juez , como un vagamundo y malhechor; y esta noche vendrán á prenderos: yo lo sé ; no hay que dudar ; mi compradre me ha enseñado la órden, y está encargado de executarla. Si hubierais estado aquí , ya no tenia remedio , porque mi compadre es terrible en esto de cumplir su obli-

gacion: ¡ caramba ! es mas listo que una bala de cañon; pero yo le aconsejé que volviese á media noche, porque á esta hora es cosa muy natural encontrar á las gentes en sus casas.

Un rayo no hubiera confundido tanto á Gerardo. ¿Quién le conocia en esta ciudad, ó por mejor decir, quién le conocia de modo que pudiera atreverse á pintársele al Juez con tan feo colorido? ¿será este, le ocurrió de pronto, algun rasgo de Dulis? Apènas se detiene en su mente este pensamiento; pero qualquiera que sea el calumniador, decia, es preciso substraerme al peligro. Pero ¿será ver-

dadera la relacion de la criada? ¿habrá visto la órden fatal? ¿no puede ser un lazo que me preparen los raptores de su hermana? Sí, no puede ser otra cosa. Gerardo se confirmó en esta idea, no creyendo posible que le hubiesen calumniado. El hombre virtuoso no acierta á sospechar semejantes atrocidades. Se resolvió por fin á exponerse á la malignidad de su estrella presentándose al Juez, y manifestarle el rapto de su hermana, por ser forzoso que alguien la hubiese robado respecto que no parecia; y aun en el caso de que el Magistrado hubiese expedido alguna

órden contra él, la haria revócar luego que se le descubriese la malicia de sus enemigos, quienes sin duda disponian su prision para consumar tan horrible atentado; y por otra parte aunque le hubiesen calumniado, nadie podia probarle el crímen mas leve.

Lleno Gerardo de confianza, dió las gracias á la criada, é iba á subir á su quarto para tomar su baston y su sombrero quando apénas habia subido tres escalones, oyó pronunciar su nombre en la sala, y que preguntaban: ¿ha vuelto Gerardo?— No, respondió la criada: está corriendo por la ciudad en busca de

su hermana, que se la han robado. — ¿Se la han robado? ¡bravo! Es cosa bien nueva; el Magistrado nada sabe de esto; porque á la verdad las gentes que le hán delatado no saben si tiene hermana: y en esto no puedo engañarme, porque he estado presente á la delacion. Es cosa rara que este hombre no haya vuelto ya siendo las nueve; peró á bien que á media noche no se nos escapará. Tú me llevarás entónces con mucho silencio á su quarto. — Bien, y te alumbraré. — Mil gracias: hasta la vista, comadre. — Hasta la vista, compadre.

Quedó Gerardo sobrecogido del

susto. Habia visto sin ser notado al hombre que le buscaba, y la criada vino corriendo y le dixo: escapad, escapad pronto; ya veis lo que hago por vos. ¿No le he respondido bien? ¿qué tal? Amigo mio, no soy tonta; y esto es lo que mi madre porfiaba con mi padre, porque decia que yo era un vivo retrato suyo. No pudo ménos Gerardo de sonreirse al oir la sandez de la criada á quien debia tantas obligaciones; pero aunque seguro de su inocencia, venció el temor, y ya no dudó sobre el partido que debió tomar. Subió precipitadamente á su quarto recogió su

corto equipage, le lió, y pagó el gasto á la criada, manifestándola su pesar por no poder agradecerla los favores que la habia debido. Algun dia, la dixo, algun dia, tal vez, me proporcionará el cielo ocasion de mostraros mi reconocimiento: el hacer bien nunca se pierde. — En eso no hay duda, ¿quién sabe? No siempre ha de estar el diablo detrás de la puerta, pero entónces como entónces. No digo que no aceptaré; lo que mas priesa corre es que os pongais en salvo: yo soy así; y quando alguno me gusta, me echaria por él en el fuego. Pero no me gustan todos,

no señor, porque ya sé que los buenos son pocos: y lo que decia el difunto Cura de mi lugar; porque yo soy de *Cœur Juli*. Allí me querian casar: ¡ah! ¡si yo hubiera consentido!... — A Dios, mi buena amiga, á Dios: ya conoceis...— Sí, sí, no perdais un instante: ¡¡pobrecito! ¡quánto me alegro de poder salvarle! Ya se ve, este es un hombre honrado; la cara lo dice. Quando venga mi compadre, ¡bravo petardo se llevará! Yo le diré... pero ¿que le he de decir? Que no ha dormido en casa, y que acaso se lo habrán llevado como á su hermana: es una cosa muy posible.

Todavia seguia hablando la criada en el umbral de la puerta, quando nuestro pobre Gerardo estaba ya muy léjos. No conocia las calles de Cambray, pero las corria todas sin pensar adonde iba, sino solo en la desgracia que le perseguia. Estaba muy adelantada la noche; las estrellas reflejaban sobre la tierra una claridad suficiente para distinguir las casas y los árboles. Gerardo, lleno de terror, casi perdido el juicio, no cesó de correr hasta que se halló en un gran camino adornado de árboles, y que le pareció estaba absolutamente desierto. Entónces, fuera ya de la

ciudad, se arrimó á un árbol, y se puso á pensar en su desdichada hermana, á la qual abandonaba tal vez en el punto mismo de recobrarla, pues no le parecia posible que deteniéndose un dia mas, y haciendo diligencias, dexase de adquirir noticias de ella; pero su adverso destino le privaba de este consuelo. Se veía precisado á huir solo, sin su tierna hermana, dexándola sin duda, á su parecer, entregada al infortunio mas terrible... Estos pensamientos le ocupaban, quando un raro accidente aumentó sus males y sentimientos...

Aquí Palemon hizo callar á Ar-

mando, y prometió á sus hijos referirles muy en breve la continuacion de este suceso que por puntos aumentaba el interes y curiosidad de los muchachos.

TARDE SEPTIMA.

EL DESINTERES.

El jóven músico acaba su narracion.

La relacion de sucesos extraordinarios produce el efecto útil de dilatar el ingenio de los niños, acostumbrándolos á concebir grandes cosas. Esto no es decir que se les ateste la cabeza de cuentos maravillosos, inverosimiles y peligrosos por medio de agradables pinturas del vicio, y de las desgra-

cias de la virtud. No es este nuestro deseo; y lo entenderia mal quien censurase á Palemon por permitir que sus hijos oyesen unas aventuras poco comunes. Siempre que alguna historia presente la superioridad de la virtud sobre el vicio, nada se arriesga en que la lean los niños. Se exercita su espíritu, se abre su imaginacion; y quanto mas impresion les hace lo terrible, lo admirable ó lo maravilloso, tanto mas se gravan en sus corazones con indelebles caracteres los preceptos y documentos virtuosos que encierra la história. Por conseqüencia si en vez de fábulas absurdas

é incomprehensibles, para desahogar de sus estudios serios á los niños se les dan unas historias cuyos hechos no sean repugnantes; si se les ofrece el quadro de las costumbres de la sociedad, adornándole con el prestigio de los efectos; si todos los cuentos que leen ú oyen leer les parece que no se alejan de lo que ellos conciben, han visto y ven todos los dias: es indudable: que su espíritu se habituará á pensar, comparar y reflexîonar; y la moral, puesta en accion de este modo, hará tanto efecto sobre sus tiernos corazones como los juegos de naypes alfabéticos que se han in-

ventado para enseñarlos á leer por via de diversion.

Tal es nuestra opinion, y tal será sin duda la de todo padre, de todo maestro sensato que mira la ligereza de la niñez como la de la abeja que solo se para al atractivo de las flores. Baxo de estos principios, ya penetrará desde luego qualquiera lector el plan de educacion que se habia propuesto Palemon; y sobre todo, no tiene mas que seguirle hasta el fin de esta obra, y verá conseguido el objete mas sano. Continuemos.

Muchos deseos producia esta tarde en el espíritu de nuestra amable

sociedad. Por una parte deseaban con ansia oir la continuacion de la historia de Gerardo; por otra, era tambien muy interesante la de Pepito; pero este gracioso muchacho no habia venido el dia anterior; acaso no volverian á verle. Su inquietud tocaba en lo sumo, quando oyeron los ecos agradables de una flauta. El himno de la victoria que canta una tropa triunfante al volver al seno de su patria asustada, no causa mas ligeras sensaciones que las que experimentáron entónces los muchachos. Ya viene, ya viene, exclamaron todos, y se levantaron precipitadamente á recibir al jóven músico, el

qual se presentó disculpándose de su tardanza, ocasionada de varios negocios urgentes que le habian ocurrido. Palemon mandó que le traxesen de refrescar, el muchacho se sentó junto á él, todo el auditorio se preparó á la mayor atencion, y Josef continuó su relacion de este modo.

Os dexé, amigos mios, en el momento en que solo privado de mi padre, en un bosque atado á un árbol, y en medio de la noche, llenaba el ayre con mil clamorosos gemidos. Ya estaba para perder el sentido, quando á lo léjos descubrí una luz que traía hácia

mí su direccion. Renació la esperanza en mi alma, y exclamé: ¡O tú! qualquiera que seas, ven á dar libertad á un infeliz niño, que no cesará de rogar al cielo por tu prosperidad. La luz se adelantaba, reiteré mis exclamaciones; mas, ¡ó dolor! quando la persona está tan cerca de mí, veo una anciana con una linterna que venia á recoger leña, y que asustada con mis gritos dexó caer la linterna, y echó á correr como si la siguieran cincuenta lobos. La caida de la linterna me presentó otra nueva desgracia, por no poder aprovecharme de esta luz, y poder servir ella para

que me viesen los vandidos que infestaban el bosque por las noches. En tan cruel situacion esperé el dia, pensando en mi padre, en nuestra cruel separacion, en la desgracia que me esperaba, en la inquietud de nuestros bienhechores, y en lo mucho que me reprehenderian si tenia la fortuna de volver á verlos.

Apénas empezaba á amanecer, quando el ruido de un caballo me sacó de mi enagenamiento. Bien pronto ví un caballero que de léjos me pareció Mr. de Aubri; se acercó, y en efecto era él, que el cielo me le enviaba. Clamé, le llamé, le pedí

socorro. — ¿Es posible, Josef? ¡tú eres! ¿Y tu padre? — Ya lo sabreis, señor mio; tened la bondad de desatarme.

Mr. de Aubri no esperó mis súplicas: desmontó y cortó las cuerdas. Ya me hallo libre, le dixe, pero no soy por eso mas feliz. Le participé, derramando muchas lágrimas, lo que nos habia sucedido; y quedó tan inquieto como yo. Si pudiesemos, me dixo, descubrir las huellas de estos malvados, tengo buenas pistolas, á nadie temo, y te ayudaria á recobrar á tu padre. Si no consiste mas que en eso, le dixe, es muy fácil

encontrar el rastro de estos malhechores, porque el uno estaba, al parecer, muy herido en el brazo izquierdo, vertia mucha sangre, y no tenemos mas que seguir la direccion de las gotas que veis esparcidas por el suelo.

Mr. de Aubri aprobó mi pensamiento, y se resolvió á seguirle. Comenzamos á marchar fixos los ojos en la tierra, siguiendo la indicacion en que aquellos infames no habian pensado. Esto nos fué fácil, pues aunque algunas veces los arbustos y maleza interrumpian las señas, volviamos luego á hallarlas. Mi protector iba á caballo y

yo á pie para indicarle el camino por medio de mis observaciones. Pronto quedó interrumpida totalmente la línea que seguiamos , y no sabiamos que hacer , quando levantando los ojos vimos unas ruinas de un castillo antiguo , cuya puerta principal daba sobre nuestra derecha. El sol empezaba á salir , y se distinguian bien los objetos. No dudamos que los vandidos se habrian detenido allí , y que acaso mi padre estaria encerrado en aquel castillo. Parecia inhabitable , dimos la vuelta por todo él , y al fin quedáron disipadas nuestras dudas. Un pequeño rui-

do que percibimos en lo interior de un sótano, nos obligó á arrimarnos á su lumbrera y prestar atencion. No sé por qué me ocurrió la idea de llamar á mi padre á media voz; y aun no hube pronunciado este nombre, quando me respondieron: ¿Josef, querido mio, eres tú? Aquí está, exclamé lleno de gozo.

Mr. de Aubri me hizo callar, y dixo al anciano: Gilberto, yo soy tu bienhechor, estoy con tu hijo; pero ¿qué haces en ese sitio? — No lo sé: aquí me han encerrado. — ¿Por qué? Lo ignoro; si estuviese libre; pero no veo, y por consi-

guiente no sé cómo poder escaparme.

Señor, dixe á mi protector, me ocurre una idea. Esta ventanilla es demasiado estrecha para que un hombre pueda pasar por ella; pero yo soy pequeño y delgado, y podré pasar; permitid que baxe á dar un abrazo á mi padre, y acaso yo, que no soy ciego, encontraré medios para libertarle.

No disgustó á Mr. de Aubri mi idea, aunque desde luego temió que me expusiera demasiado. La profundidad, segun calculamos, apénas podia ser de doce pies. Anudé las cuerdas con que me habian ata-

do, y que yo habia traido sin intencion ; até un cabo á una punta de hierro, que sin duda habia sido ántes parte de reja de la ventanilla , y me deslicé por la cuerda, suplicando á Mr. de Aubri que no me abandonase en aquella situacion. Me cumplió la palabra ; me encargó que hablase en voz baxa, y se echó en el suelo aplicando la cabeza á la ventana , para oir lo que hablasemos. Vedme ya entre los brazos de mi padre que me bañaba con sus lágrimas. Antes de todo, le dixe, es preciso pensar en salir de aquí. Exâminé la puerta de la cava , cuyas tablas podridas me pareció que no podrian resistir

á los esfuerzos de dos personas. Aunque muchacho, el deseo de libertar á mi padre me aumentó sobremanera las fuerzas. No ví otro partido, despues de haber sacudido la puerta que resistia, que arrancar el ladrillo y argamasa en que entraba el pasador de la cerradura, pues todo estaba casi deshecho por la humedad; y así conseguí mi objeto, con bastante facilidad. Direis, ¿que como habian encerrado á mi padre en lugar tan poco seguro? Pero un anciano débil y ciego, ¿qué podia hacer, ni intentar? En fin, se abrió la puerta; subí por una escalera tortuosa, para reconocer el sitio,

y me encontré en un gran patio, donde no ví á nadie. En uno de sus ángulos advertí una puerta por cuyas quebraduras entraba la luz del dia ; y para colmo de alegría, ví junto á la puerta, colgada de un clavo una llave, con la qual me pareció que podia abrir. Me apoderé de ella ; y lleno de esperanza baxé al subterraneo para referir mis descubrimientos á mi padre y á Mr. de Aubri. Este dió la vuelta al edificio, y volvió á decirme, que en efecto salia al campo la puerta que yo habia visto. Al punto tomé de la mano á á mi padre, y guié sus trémulos

pasos; pero quando estaba cerca del fin de la escalera, sentí pasos. Este obstáculo, léjos de atemorizarme, aumentó mi valor; y descendí apresurado á la cava quando Mr. de Aubri se apartaba ya de la ventana para transferirse á la puerta. Le llamé y tuve la felicidad de que me oyese. — ¿Qué quieres? — Una pistola, le dixe, pronto, una pistola. — Repara... — Si no me la dais, somos perdidos.

Mr. de Aubri me arrojó una pistola, subí al parage donde le habia dexado, y hallé á mi padre temblando de susto. Proseguimos; y ya aplicaba la llave á la cerradura,

quando corrió hácia nosotros el hombre, cuyos pasos habia oido, exclamando: ¿qué es esto? deteneos, ó sois muerto. — Tú lo serás, le respondí, disparándole un pistoletazo que le tendió en el suelo. Abrí la puerta, la volví á cerrar, tiré quanto mas léjos pude la llave, y y puse á mi padre sobre el caballo de Mr. de Aubri, el qual estaba ya montado. Salvad á mi padre, le dixe, partid al instante, y á toda priesa, que ya encontraré yo medio para reunirme con vosotros.

Queria Mr. de Aubri seguir mi consejo; pero mi padre se resistia á dexarme abandonado á la perse-

cucion de los vandidos. Duró algun rato esta disputa, y el pistoletazo qùe yo tiré despertó todos los refugiados en aquel edificio. Se levantaron, se agitaban, corrian; y todo nos lo daba á entender el ruido que se escuchaba. Una jóven se asomó á las ventanas de una torrecilla, nos vió, y exclamaba: ¡ah! salvadme, libertad á la desgraciada Cecilia. — ¿Cecilia? exclamó tambien Mr. de Aubri: ¡ella es! ¡ó providencia! Cecilia, Cecilia reconoce á tu amante. — Aubri, estoy en poder del pérfido Ferrando. — ¡Cómo! ¿este monstruo ha podido substraerte á mis deseos?

¡ah! ¡qué mes de amargura he pasado llorando tu pérdida!

Los dos amantes proseguian hablando, y yo maldecia su imprudente detencion que exponia á mi padre: pues temia que saliesen del castillo.... Pronto se realizaron mis temores, pues comparecieron tres hombres, entre los quales reconocí á los dos malvados de la tarde anterior. Dirigiéronse hácia Mr. de Aubri, que los esperaba á pie con la pistola amartillada. El que yo no conocia, se acercó á mi bienhechor; pero apénas le miró, baxó los ojos avergonzado. Amigo pérfido, le dixo Mr. de Aubri, reconoce á tu ri-

val; y si te precias de valiente, dispútale con las armas en la mano la hermosura que has robado á su familia.

Ferrando quedó enmudecido, y Mr. de Aubri continuó diciéndole: al instante es preciso que me entregues á Cecilia, ó ten tu muerte por segura. No respondió Ferrando, solo hizo á Mr. de Aubri señas de que le siguiese; pero este que era demasiado prudente, es preciso traérmela aquí, le dixo, pues yo no he de seguir á un malvado que ya veo ser capaz de las mayores perfidias.

Los dos que acompañaban á Ferrando, hicieron gestos de rabia; pero Ferrando los contuvo; y retirándo-

se con ellos, volvió en breve acompañado de la bella Cecilia, que se arrojó en los brazos de su amigo. Ferrando suplicó á Mr. de Aubri que no divulgase este suceso, particularmente en la familia; pero Aubri lanzándole una mirada despreciativa, puso á la hermosa cautiva en el caballo delante de mi padre, y me cogió de la mano. Nos alejamos todos, y Ferrando volvió al castillo con la vergüenza de un reo aterrado á la presencia de un juez terrible. Así acabó este suceso, que pudo haber sido muy trágico, y mi padre y yo nos impusimos en el caso durante el camino.

Aubri amaba á Cecilia, aunque no tenia mas bienes que sus virtudes y gracias. Madama de Aubri, aunque en todo deferia al parecer de su hijo, nunca habia querido que se casara con esta muger pobre, y con cuyos padres no estaba bien. Aubri sin embargo veia secretamente á su querida, ayudado de Ferrando su amigo, el qual era un libertino, que no buscaba sino ocasiones de divertirse. Un dia se vió Ferrando asaltado de tres ladrones; y despues de haber muerto á dos, estaba para hacer lo mismo con el tercero; pero pidiéndole este la vida, Ferrando reconoció en él á uno

de sus antiguos criados á quien habia hecho mil favores. Le hizo levantar, le reprehendió ; el ladron se mostró arrepentido ; y le juró que si queria ayudarle á salir de su infame estado, no volveria á incurrir en la menor baxeza, y le estaria eternamente agradecido. Compadecióse de él Ferrando ; pero al momento formó el mas detestable proyecto. Brulot , le dixo, ¿ tienes algun retiro seguro en estos bosques ? — Sí señor : un castillo antiguo y arruinado, donde me recojo de noche. — ¿Pero es seguro? ¿ no puede la justicia?... — Mas de cien años hace que no ha entrado en él alma viviente.—

¿Tienes compañeros? — Lo eran los dos que habeis muerto, y solo me ha quedado un bello mozo, del qual hago quanto se me antoja. — Pues bien: es preciso que me ayudeis á robar una jóven; la llevarémos á ese castillo donde tú y tu compañero la guardareis; pero habeis de prometerme dexar tan infame oficio.

Todo lo prometió el ladron; aquella misma noche robaron á Cecilia, la llevaron al castillo, y quedó baxo la guarda de Brulot, de su compañero, y de un mozo mentecato, á quien no se participaba ningun asunto, el qual era el que yo maté.

Lloraba Cecilia encerrada en una torre del castillo, y resistia al odioso Ferrando, que no podia reducirla á sus deseos. Ocurrióle un dia, para divertirla, traerla un ciego que la distraxese de sus tristezas tocando algun instrumento músico, y cantándola composiciones alegres; y con tan ridículo motivo habian arrebatado á mi padre, creyendo que tocaba la flauta que yo llevaba. Querian un ciego para despedirle quando se les antojase, y que no pudiese decir nada de lo que oyera, ni el parage adonde le habian llevado. En conseqüencia Brulot y su camarada miráron este

negocio como una friolera. Mi padre tuvo la desgracia de ser preferido; y Brulot estaba herido porque en el camino, por no olvidar la costumbre, se habia entretenido con su compañero en despojar á un pasagero, y este habia dado justo castigo á su atrevimiento.

Mi padre fué llevado al castillo, y allí Ferrando, que acaso se enterneció con sus lágrimas, reprehendió á sus dependientes por haber usado de tanta violencia, especialmente con un niño, á quien por ningun motivo debian haber dexado atado en el bosque. Yo queria, añadió, un ciego; pero que

viniese voluntariamente; y no un viejo lloron, mas propio para entristecer que para divertir á mi querida. Por lo demas, él se consolará, y no lo dudo luego que yo le hable.

Los dos malvados se retiráron; y Ferrando refirió á mi padre la historia de Cecilia, sazonando la relacion con carcaxadas y expresiones muy propias de aquellos libertinos, que se proponen realzar el mérito de sus narraciones con tan vergonzoso ornato. Pensad la indignacion que sentiria Giberto. Este anciano no solo se resistió á las instancias de Ferrando, sino que

aun se aventuró á reprehenderle su detestable conducta. Yo no puedo ver, le dixo, á esta jóven; pero si supiera su nombre, me presentaria en los tribunales á solicitar su venganza.

La indignacion le habia exâltado, y no pensaba en lo que decia. Ferrando salió furioso del quarto, mandó que pusiesen á mi padre en un calabozo, hasta que determinase otra cosa.

Ya estais instruidos de como el cielo sacó á este pobre anciano del poder de sus perseguidores, y de que Mr. de Aubri encontró á su querida á la qual hacia un mes que

lloraban por perdida sus padres ; y así solo me resta referiros el resultado. Lo primero que hizo Mr. de Aubri, fué restituir á Cecilia á casa de su padre, que vivia á mas de una legua de allí ; y nosotros, que le acompañamos, fuimos testigos de los extremos de reconocimiento de este buen hombre. Volvimos en seguida á casa de Madama de Aubri, la qual, inquieta por nuestra ausencia y la mucha tardanza de su hijo, oyó con la mas viva emocion nuestros peligrosos sucesos. Mr. de Aubri se aprovechó de este momento para arrojarse á los pies de su madre, y obtener su consentimiento

para casarse. La buena señora, en aquella situacion, no pudo resistir mas tiempo; y quedó decidido que por la mañana pasarian á casa del padre de Cecilia para sellar su reconciliacion con el matrimonio de sus hijos. Dicho y hecho: dos dias despues mi bienhechor fué esposo de la muger mas bella y mas constante del universo.

Madama de Aubri, que admiró mi amor filial en la conducta que habia observado en el castillo de Ferrando, quiso recompensarme con brillantes ofrecimientos respectivos á mi situacion; pero todo lo reusé, diciéndola que mi mas dulce recom-

pensa habia sido libertar á mi padre; y mi desinteres aumentó las bondades que la debiamos. Nada nos faltaba; y acaso nunca habriamos conocido la miseria, si esta buena señora no hubiera muerto repentinamente. Mr. de Aubri y su esposa tenian que hacer un viage á las islas para recoger ciertos bienes de su herencia. Permanecimos en su casa durante su ausencia; pero yo tuve la desgracia de perder á mi padre, por lo que aquella casa se me hizo odiosa. Con algun dinero, resto de la liberalidad de mi bienhechor, me fuí á París, aprovechándome en el camino de mi

habilidad en la flauta, y resuelto á volver á casa de Mr. de Aubri, quando este regresase de su viage. Hasta aquí, amigos mios, solo os he hablado de mí; ahora voy á tratar de lo que os pertenece.

Hace quatro dias que pasando por la ciudad próxîma, la curiosidad me hizo entrar en el hospital, cuyo exterior me llamó la atencion. Me iba acercando á las camas de los enfermos, consolándolos del modo que podia, quando uno de ellos, con moribunda voz, me preguntó hácia que parte me dirigia. Le respondí que mi ánimo era pasar por este pueblo. ¡Ah! me dixo,

derramando algunas lágrimas, hacedme el gusto, amigo mio, de entrar en casa del labrador Palemon. Allí encontrareis cinco bellísimos muchachos: todos ellos son mis bienhechores. Ayer tarde me dieron quanto tenian; y pues yo no tengo parientes, es muy justo que ellos sean mis herederos, pues no me queda duda de que no puedo vivir. Un terrible accidente me ha atacado esta mañana; y me han traido á este mismo hospital, donde en otro tiempo murió el generoso amigo de mi benéfico tio Santiago Lebon. Tomad esta corta cantidad, fruto de mi economía, y que se reduce

á sesenta y cinco libras. Esta suma, que no me parecia suficiente para pasar el resto de mis cansados dias, era mucho menor ántes que hubiese yo conocido á los hijos de Palemon. Repartidla entre ellos, y decidles que aceptándola llenarán los votos del viejo mendigo; y bien entenderán lo que esto significa.

Con mucho gusto me encargué de esta comision; y tuve aquel dia el sentimiento de ver espirar á este anciano, cuyas desgracias ignoraba, y que me infundia respeto. Cumpliendo fielmente su última voluntad vine á entregaros el sagrado

depósito fiado á mi confianza. Ya sabeis toda mi historia, de la que inferireis que el amor filial, el desinteres y la beneficencia son virtudes que siempre llevan consigo la recompensa.

Así terminó Josef su narracion; y los muchachos, asegurados de que el dinero les pertenecia por medios legítimos, derramáron algunas lágrimas, al oir la muerte del anciano mendigo que tanto les habia interesado. El virtuoso Palemon fingió sorprehenderse de que sus hijos le hubiesen ocultado la generosa accion que habian practicado, alabó su modestia y sensibilidad, y los

abrazó á todos en recompensa de haber sido benéficos y caritativos, sin haberse vanagloriado. Insistió despues sobre aquella grande verdad, de que nunca es perdido un beneficio; y que los buenos corazones, tarde ó temprano, quedan recompensados de los sacrificios que hacen á favor de sus semejantes.

Nunca habian pasado los muchachos tarde mas divertida. Se empeñaron en que Pepito recibiese una parte de su herencia; pero lo resistió constantemente, diciendo, que nada necesitaba; que la Providencia le remediaba en todos sus apuros; y que conocia bastante-

mente la delicadeza de las obligaciones que contraia un *executor testamentario*.

Por fin, con cariñosos abrazos se despidió de los niños, quienes le suplicáron que los visitára siempre que pasase por su pueblo; y él prometió hacerlo, y no olvidarse nunca de Palemon y sus hijos.

TARDE OCTAVA.

EL OLVIDO DE LOS AGRAVIOS.

Fin de la historia de los dos Estudiantes.

Toda la noche y todo el dia siguiente habian tenido los muchachos puesto el pensamiento en la historia del músico Josef; la repetian y comentaban con alegría, y su discreto padre se complacia interiormente de la impresion que les habia hecho. Les oyó tambien hablar de la gratitud que habia ma-

nifestado el mendigo, nombrándolos por sus herederos. Revolvian mil veces su tesoro, y su grande inquietud era acertar el objeto en que debian invertirlo. Desde luego les ocurrió depositarlo en su padre; pero Julio ofreció una especie, que fué aprobada de toda la sociedad, ménos de Benito, el qual, aunque no habló palabra, meneó la cabeza en muestra de descontento. Lo que propuso Julio fué lo siguiente. Este dinero, dixo, es el precio de la beneficencia: debe, pues, servir á ella, siendo bien dirigida. Cada uno de nosotros dirá á sus hermanos, ¿ conoces algun

desdichado, que sea de probidad y necesite de auxîlios? Nombrarémos dos comisionados que se informen acerca del que nos pareciere mas digno de compasion; y si el informe fuere bueno, le ayudarémos, privándonos cada uno de una parte de nuestro dinero. Para eso, dixo Leon, será preciso ponerlo todo en una bolsa comun. — ¿Y por qué? replicó Benito con aspereza; guardemos nuestro dinero; y si es menester socorrer á algun pobre, que lo haga cada qual segun le dicte su generosidad. ¿A qué llamas *generosidad?* repuso Leon: esto es justicia, sí señor, justicia. La he-

rencia del pobre debe volver al pobre; nosotros vivimos en casa de padre, y nada necesitamos. — Perdona, dixo Armando: los buenos corazones deben aliviar á sus hermanos, de que se infiere que este dinero nos es absolutamente necesario. Replicó Julio: insisto en lo que he propuesto; y todos apoyaron la proposicion, ménos Benito que se obstinó en su parecer.

Supo Palemon el proyecto, y tambien la obstinacion de Benito. Temió que este niño, que ya se habia mostrado envidioso del talento de Leon, se hiciese duro é interesado; y se propuso velar sobre él

mas que sobre los otros, y corregir sus defectos por medio de repetidas y fuertes lecciones. La continuacion nos hará ver cómo se manejó. Coloquémonos ahora sobre el terrazo con la tierna familia, y veamos cómo se pasó esta nueva tarde.

Nada igualó al placer que experimentáron los niños, quando viéron llegar á Palemon con el libro grande. Amigos mios, les dixo, hemos emprendido una historia algo larga, y es preciso acabarla. No es mi intencion que pasemos las tardes empleándolas solo en la lectura: tenemos otra cosa que hacer,

y pronto la sabreis ; pero ahora vamos á finalizar los sucesos del buen Gerardo , que sin duda os han interesado mucho. Vereis cómo fué recompensada la virtud , y de qué medios se sirvió el cielo para castigar en Dulis al mas ingrato de los hombres.

El lector Armando se apoderó del libro , y leyó lo siguiente.

FIN DE LA HISTORIA DE LOS DOS ESTUDIANTES.

Caminaba Gerardo con el corazon oprimido, y su maletilla á la espalda, rodeado de las espesas sombras de la noche; estaba ya fuera de una ciudad en que peligraba su libertad; pensaba en su pobre hermana, y se lisongeaba de que en qualquiera otro pueblo podria hacer diligencias para recobrarla. De repente, la conversacion de dos hombres que pasaron junto á él dirigiéndose hácia Cambray, le sacó de su enagenamiento. Ella es obstinada

como un diablo, dixo el uno, y el otro respondió: en efecto, parece virtuosa. ¡Pobre Gerardo! ¡si supiese que su hermana está solo dos leguas de aquí!...

Gerardo que oyó su nombre, y que habian hablado de su hermana, llamó á los dos caminantes que ya se habian alejado bastante. Corrió tras ellos gritándoles que se detuviesen; pero asustados, al parecer, redoblaron el paso hácia aquella misma ciudad de donde Gerardo habia salido, y adonde no podia regresar sin peligro. El desgraciado, fuera de sí, se detuvo, y se vió precisado á contentarse con las pocas palabras que ha-

bia oido. Su hermana Julia estaba á dos leguas de allí... ¿pero dónde? ¿qué camino dirige al asilo que la oculta? Esperando Gerardo que el cielo guiaria sus pasos, siguió el camino que desde luego habia tomado; y se resolvió á caminar dos leguas sin detenerse, lisongeándose de que al fin de este camino hallaria á su hermana, ó que á lo ménos estaria mas cerca de ella: pues en su concepto, los dos caminantes que volvian á Cambray, habian sido sin duda los conductores de Julia.

¡Vana ilusion de un preocupado, que cree ver prontamente realizadas las quimeras que forja su aca-

lorada fantasía. Encontró una posada abierta, preguntó si habian visto pasar durante el dia, una jóven con dos hombres; le respondieron que no. Continuó tristemente su camino, y pasado un gran rato, advirtiendo sobre su derecha algunas casas, reiteró su pregunta á un buen viejo que halló sentado á una puerta; éste le respondió que nada sabia; pero una voz femenil que salia de lo interior de la habitacion, dixo: sí, padre mio: aquí ha estado no ha mucho una jóven aldeana; y en verdad que estaba casi desmayada. Dos lacayos la han baxado de una silla de posta. — ¡Ella

es! exclama Gerardo: ¿llevaba un juboncito negro? — Sí señor, negro. — ¿Un pañuelo azul y blanco en la cabeza? — Sí señor. ¡Ah cielos! ¿no sabeis dónde la llevaban estos dos infames? — No señor; porque apénas se recobró un poco la bella aldeana, quando los que la acompañaban la llevaron en sus brazos á la silla de posta, y desaparecieron.

Gerardo dió las gracias á la buena muger y al anciano, y se volvió á poner en marcha. Ya estaba seguro de que su hermana habia sido robada, y habia pasado por el mismo camino que él llevaba. Abisma-

do en sus reflexîones no advirtió que mudaba de camino, y baxó por una estrecha avenida á una especie de valle; y no reparó que se habia extraviado, hasta que un pensamiento que le ocurrió, y le hizo mucha impresion, le obligó á detenerse. Estos criados, se decia, estos criados de librea, que llevaban á mi pobre Julia, ¿no podrian ser los de Dulis? ¡qué mal he hecho en no preguntar á aquella buena muger, de qué color era la librea.

Detúvose Gerardo; y estaba para volver atrás, á tiempo que mirando al rededor, no vió árboles

ni camino. Estaba en un valle profundo: nada veia sino prados y montañas muy alejadas. Se comprimió su corazon; sus reflexîones habian extraviado sus pasos; era preciso deshacer lo andado hasta encontrar el camino que habia perdido; pero el cielo se cubria de nubes, y le era imposible distinguir los objetos. Al cabo de un rato suspendió su marcha el encuentro de un arroyo bastante ancho; y no habiéndole hallado al baxar el valle, era claro que habia errado la senda, y era forzoso que esperase hasta el dia venidero. Miró al cielo; derramó algunas lágrimas; y por fin, la

fatiga le obligó á echarse en el suelo, y le rindió el sueño.

Aquí Armando queriendo continuar la lectura reparó que la página que leia tenia el número 254, y la siguiente el 267, con que le faltaban seis hojas al libro: ¡qué lástima! anunció á sus hermanos este accidente, y sentian que está casualidad les privase de saber lo que sucedió á Gerardo al despertarse; ¿pero qué remedio? Era preciso tener paciencia y continuar lo restante. Este fué el consejo de Palemon, y Armando continuó de este modo.

Ya hacia un año que Gerardo estaba en París, reducido á hacer

mandados para ganar su vida. Ocupábale muchas veces un comerciante de la calle de San Honorato, que le estimaba mucho, y agradecia al cielo haberle preparado un mozo tan fiel y tan honrado. Acaso le hubiera recibido en su casa para mayores asuntos, si la casualidad, en un solo instante, no hubiera proporcionado á Gerardo medios para vivir siempre con comodidad, y vengarse de un ingrato amigo. Se paseaba un dia en los campos Eliseos, pensando sin cesar en sus desgracias, habiendo perdido la esperanza de hallar á su hermana, de la que nada habia sabido des-

de su fuga de Cambray ; pero nunca podia olvidarla. La casualidad de un momento colmó todos sus deseos, pues pasando por una lotería se le antojó aventurar el dinero que llevaba, lo que nunca habia hecho ; pero ¡quál fué su satisfaccion quando á pocos dias halló que habia ganado ochenta mil libras! apénas podia creerlo, ni aun quando el Administrador le entregó la misma suma.

Ya tenemos á Gerardo dueño de una considerable fortuna. ¿Qué hara con tanto dinero ? Está decidido : volverá á Cambray donde solo se ocupará en buscar á su

hermana en la ciudad, ó en sus cercanías; irá á ver á Dulis; le denostará... Pero no hará tal; y únicamente le dirá: amigo ingrato, ¿disfrutas todavia comodidades? Si así fuere, quédate á Dios; pero si no, repartamos entre los dos esta cantidad. No será otra la venganza que tome de aquel perjuro.

Firme en esta resolucion, y arreglados todos sus asuntos, partió Gerardo de París, y llegó en breve á Cambray; y aunque no temia ya persecucion de parte del Magistrado, resolvió disfrazarse, para evitar que pudiesen conocerle sus enemigos ocultos. Vis-

tióse al modo de un comerciante judío, no se alvergó en la misma posada, tomó el nombre de *Benjamin*, y fingió haber venido á emplear caudales.

Serian las ocho de la noche. Gerardo esperaba en su quarto que le llamasen á cenar; y pensando en los asuntos que debia desempeñar al dia siguiente, vió entrar un hombre en la misma sala. Al instante conoció que este hombre era aquel mismo Mr. Dupuis, de quien para todo se fiaba Dulis, y que con tanta insolencia le recibió quando fué á visitar á este hombre inhumano. Pero no se presentó Mr. Du-

puis con su antigua pompa y elegançia. ¿Si habrá sido despedido por su amo, decia Gerardo? ¿si estará pobre? ¿si tal vez el mismo Dulis habrá perdido toda su fortuna? Pero no tardó en saber la causa de esta mutacion.

Dupuis, dirigiéndose á la ama de la posada, la dixo: supuesto que aquí vienen tantos extrangeros, ¿no me direis, señora, dónde podré hallar algun mercader judío? — No podiais venir mas á tiempo, respondió la muger: el señor acaba de llegár, y me parece de esta profesion.

Fuéron estas palabrás un rayo

que aturdió á Gerardo; y temiendo ser conocido, se encasquetó el sombrero hasta las cejas. Dupuis se le acercó, se sentó á su lado, y le dixo: quisiera hablaros reservadamente. —— Pues hablad, señor, repuso Gerardo, temblando y contrahaciendo la voz. — ¿No habitais en esta ciudad? — No señor. — ¿Correis los paises? — Sí señor. — Eso es lo que yo necesito. Mirad, en estos tiempos, esto que llaman providad.... — Yo lo que busco es dinero. — ¡Bravo! ¿y teneis mucho que emplear? — No faltará, si hay buena porcion? — ¡Perfectamente! — Vamos al caso: yo

tengo que vender, ó por mejor decir, mi amo, que es un pobre diablo, y se ve arruinado, no tiene mas recurso que el de deshacerse de sus alhajas; es preciso que nos compongamos, y hacer de modo que...— Ya estoy en el caso. — Pues bien: vos me dareis un recibo de la mitad del dinero que me entregueis por cada cosa, por exemplo: escribireis que me habeis comprado en veinte luises una alhaja, por la qual me hubiereis dado ciento: ¿os acomoda?

Atónito Gerardo de tal proposicion, estuvo casi para prorrumpir en extremos de indignacion;

pero su corazon le dictaba la conducta que debia observar, y aceptó el tratado que le proponia el infame Dupuis. Este quiso al momento dar principio al negocio, y presentó á Gerardo un relox guarnecido de brillantes, de valor de mil escudos. Gerardo dió treinta luises... Pero seria necedad referir el por menor de este negocio; y basta decir que el malvado Dupuis, despues de haber vendido de este modo varias alhajas, dexó á Gerardo, prometiéndole que al dia siguiente volveria con otras de valor de mas de siete mil escudos.

Entretanto Gerardo pasó toda

la noche pensando en la buena accion que iba á hacer; y al mismo tiempo en el peligro á que estaba expuesto, si no se daba priesa en participar al Magistrado sus pensamientos y las maldades de Dupuis, persuadido á que el Juez; que en otro tiempo quiso reprehenderle, conjuzgará de su providad por la confesion que le haga. Lleno de estas ideas agradables fué á la mañana á casa del Juez, á quien descubrió su verdadero nombre, el designio que habia concebido, y los crímenes de Dupuis. Este Juez, digno por su integridad del puesto que ocupaba, queria que al instante fuese puesto

el pérfido Dupuis en la cárcel; pero Gerardo le suplicó que esperase á que su proyecto quedase enteramente executado, y que estuviese á la mira quando fuese tiempo de dar el golpe.

Alegre Gerardo en fuerza de las precauciones que habia tomado, volvió á la posada donde esperaba impaciente á Dupuis, con ánimo de preguntarle la causa de las desgracias sucedidas á Dulis. Estas eran conseqüencia precisa de su mala conducta: pues los robos de sus criados, y su excesiva disipacion habian arruinado su fortuna. Ya no tenia haciendas, ni otro partido que to-

mar que el de vender con disimulo sus alhajas, y huir con el poco dinero que le produxese la venta de sus efectos.

Todo esto supo Gerardo de boca del mismo Dupuis, y se confirmó en la resolucion que habia tomado, y que se conocerá bien presto. A la mañana siguiente le traxo Dupuis lo restante de las alhajas: en una palabra, se verificó que por treinta mil libras compró Gerardo unos efectos que ascendian á mas de ochenta mil; y que de esta venta solo habia entregado Dupuis á su amo quince mil. ¡Qué maldad! ¡quánto se avergonzaba

Gerardo de que la amistad le precisase á intervenir en tan infame tráfico! Pero era esto forzoso para castigar mejor á un hombre tan infame.

Quando Dupuis acabó de venderlo todo, dixo á Gerardo: me parece que debeis quedar contento; pero os aconsejo que salgais al momento de esta ciudad, porque aquí todo se sabe, y si nuestro trato se descubriese, los dos seriamos castigados. Partid mañana temprano: yo vendré á deciros el último á Dios, y echar el último trago á la salud de mi amo, que ya no estará en Cambray mañana

á la noche. — ¿Cómo no? ¿también se va mañana? — Sí señor, mañana á las diez saldrá á caballo, como que va á paseo; quando esté fuera le arrimará las espuelas, y se quedarán colgados de la agalla los señores acreedores; pero vaya con Dios, que yo he hecho ya honradamente mi fortuna, y viviré aquí con tranquilidad.

Alegre sobremanera Gerardo al ver que de este modo le indicaba el mismo Dupuis lo que debia hacer, le citó para desayunar juntos el dia siguiente á las ocho; y despidiéndole, fué á casa del Juez, el qual noticioso de todo, se en-

cargó de servir el almuerzo al señor Dupuis.

Parece extraordinaria la conducta de Gerardo ; pero ¡ qué hermosa es ! ¡ quánto se le debe agradecer que no haya procurado buscar sin detencion á su hermana, por disponer una venganza , de que pocos hombres, en su situacion , serian capaces !

A la mañana siguiente se presentó en la posada Mr. Dupuis para desayunar con el judío Benjamin ; pero en vez de éste , halló una tropa de Alguaciles que le llevaron á la cárcel , á pesar de los juramentos y protestaciones que

hacia de su virtud y providad.

Durante esta escena, Gerardo, vestido limpia y modestamente, tómo una caxita baxo del brazo, y se encaminó á casa de Dulis. Iba á practicar una accion virtuosa, y sin embargo, su corazon latia apresuradamente, y sentia cierta violencia en hacer aquel bien, temiendo humillar á quien iba á favorecer. Ya estaba en la puerta de Dulis; pero le temblaban los pies, y dudaba si retrocederia; pero al fin se decidió y entró.

¡Qué mudanza en una casa tan brillante en otro tiempo! No halló criado alguno, sino un Portero que

le mostró el quarto de Dulis. La desnudez y la soledad reynaban en todas las estancias. Atravesó Gerardo unas piezas casi desmuebladas, y llegó en fin al gabinete de Dulis, á quien encontró con la cabeza entre las manos, como sumergido en los mas tristes pensamientos. El ruido que hizo Gerardo al abrir la puerta, estremeció á Dulis, que creyendo fuese algun acreedor se puso pálido, se levantó como furioso, y exclamó. ¿Quién entra con tanta libertad?... ¡cielos!... ¿me engaño?... ¡Gerardo! . . . .

Al verle y decir esto se cu-

brió el rostro como confundido de vergüenza. Gerardo se le acercó, y cogiéndole entre sus brazos, le dixo: sí, desventurado amigo; Gerardo viene á enjugar tus lágrimas y aliviar tus males. — ¡ Cómo !... ¿es posible?... ¿Tú puedes?... (*Se desase de Gerardo, y éste le sigue.*) — Escúchame, amigo mio.— ¿Que te escuche quando vienes á insultar mi desgracia? — ¿Yo? ¿es posible que tal pienses? — ¿Pues á qué vienes? ¿qué falsa compasion es la que manifiestas? ¿sabes que estoy perdido y deshonrado? ¿que no me queda mas recurso que el de un pistoletazo ó

una quiebra vergonzosa, y en tan triste estado vienes á darme en rostro con la indigna conducta que he observado contigo, y de la que tantas veces me he arrepentido?— ¡Dulis! ¡Dulis! ¡tú me traspasas el corazon! —Pues habla, ¿qué es lo que precisamente en tan fatal momento te trae aquí?... ¡Hombre bárbaro! continuó Dulis, no podrás aumentar mis males; ¡acabarán estos males crueles, cruelísimos! He sido vendido por la confianza, por el amor, por la amis.... ¿qué iba á decir? ¿debo quexarme de la amistad? ¿no he sido el primero en quebrantar sus vínculos sagrados? — Dulis,

yo solo vengo á redimirte. —¿A mí? mira: este es mi único recurso (*Va á coger una pistola*) — ¿Qué haces? detente, ¡ó cielos! detente inconsiderado, y sabe que si hubieses sido feliz, nunca hubieras vuelto á ver á Gerardo. — ¿Cómo? — A tu desgracia debes mi vuelta, y para aliviarla vengo á estrecharte entre mis brazos: sí amigo mio; yo aliviaré una parte de tu desgracia. — ¡Gran Dios!... ¡Gerardo!... ¡ó Gerardo!... ¡no me engañes! Yo me extravié; pero nunca he sido malvado en el fondo de mi corazon... — Así lo creo, estoy seguro de ello. Vamos, siéntate

y recobra tu sosiego, (*Dulis se sienta, Gerardo queda delante de él en pie, apretándole las manos entre las suyas.*).... Firmemente creo que no naciste con carácter vicioso. — No; amigo mio; los malos consejos de quantos me rodeaban, el atractivo de las riquezas, el de los deleytes..... — Todo eso te ha perdido... ¿Con que estás arruinado? — Enteramente; sin esperanza alguna. — Cediendo tus casas y bienes á tus acreedores..... — No bastan; todavia debo veinte mil libras. — Aquí están en buenas letras (*Da á Dulis una cartera.*). —

Cómo ? — Sí, paga tus deudas; reservemos unas veinte á treinta mil libras que todavia me quedan, y las unirémos al importe de este caxoncito que es tuyo. — ¿ Mio ? — Abrele, Dulis, ábrele. — ¿ Qué miro ? ¡ estas son mis alhajas ! — Un infame te habia privado de ellas; yo te las vuelvo, y son tuyas. — No puede ser, se han vendido, y para mí ya son perdidas. — No son perdidas, pues la amistad las ha recobrado, y yo te suplico que las recibas.

Rayaba en lo sumo el aturdimiento de Dulis. Recorrió con la vista todo lo contenido en el caxoncito,

reconoció todas sus alhajas, y no podia comprehender cómo habian llegado á manos de Gerardo; pero éste se lo explicó, manifestándole las maldades de Dupuis, y diciéndole por fin, que éste quedaba asegurado en la cárcel. Apénas habìa acabado de hablar quando Dulis le estrechó entre sus brazos, exclamando: ¡Hombre admirable! Amigo raro y precioso, ¿con que esta es tu venganza? Pero no la creas menos cruel que si arrancases de mi pecho este ingrato corazon. Sí, esta venganza redobla mis remordimientos, y me hace conocer toda enormidad de mis yerros; pe-

ro al mismo tiempo, ¡ qué generoso ! ¡ qué sublime es tu proceder! en el mismo tiempo en que te ocupabas buscando medios de favorecerme, no conocias aun á fondo mis crímenes : aun no sabias , Gerardo, quan culpable soy para contigo; pero tendré valor para confesarlo todo, sí, conocerás todos mis delitos, y no serás cruel con un amigo , á quien hace indigno de tu perdon su arrepentimiento. Sabe , pues, sabe que el mismo dia en que tuve la desgracia de manifestarte tanta inhumanidad , el infame Dupuis fué á denunciarte al magistrado con falsos pretextos , y tuve la debilidad de

contribuir á que obtuviese una órden contra ti. ¿ Es posible que la presencia del pobre canse tanto al rico, que le haga olvidar de la amistad y de sus juramentos?.. ¿Mudas el color? Pues todavia daré mayor motivo á tu aborrecimiento. Ven conmigo, abre esa puerta para que veas á mi infeliz esposa.

Gerardo permanecia inmovil; pero levantandose Dulis como fuera de sí, abrió una puerta y llamó á su esposa. ¡Considérese quáles serian la sorpresa y el placer de aquel reconociendo á su hermana! Julia fué la que se presentó, y vertiendo un torrente de lágrimas, se arrojó

entre los brazos de su hermano. No dexó Dulis á Gerardo tiempo para entrar en explicaciones, y continuó en estos términos.

Apénas, le dixo, apénas habias salido de tu posada, quando entró Dupuis en ella para otro asunto. Vió á Julia, y pensó... ¡cómo me atrevo á decirlo! pensó, digo, que su belleza podria dulcificar mis disgustos. Estaba sola, y habiéndose informado de la huéspeda acerca de sus circunstancias y venida, acercándose á ella, la dixo: vengo á buscaros de parte de vuestro hermano que actualmente está dando mil abrazos á su amigo Dulis. Venid

pues á aumentar su satisfaccion. Dió crédito á estas razones la inocente Julia, y salió con él sin acordarse de decir en la posada el parage adonde iba. Me la presentaron: y considera quan turbada quedaria al verse sola en el quarto de un hombre desconocido. Hice todos los posibles esfuerzos para enjugar sus lágrimas y vencer su voluntad; pero viendo inutiles todas mis tentativas, tomé el partido de hacerla trasladar á una casa de campo, que yo tenia á dos leguas de aquí. Allí... ¡gran Dios!... quánto la he hecho padecer! ó, por mejor decir, ¡quánto la ha tiranizado el odioso Dupuis! Su

honestidad y su resistencia aumentaban cada dia mas la fuerza de mi pasion. Mi fortuna entre tanto á pasos precipitados corria á su fin; y conociendo muy cercano el momento de verme reducido á la mas espantosa miseria, engañé á Julia, la qual, á pesar de haberla agraviado tanto, me manifestaba algun afecto: por lo que encubriendola el estado de mis negocios me casé en secreto con ella; y hoy mismo habia resuelto participarla mi infeliz estado, y empeñarla á que huyese conmigo. Sí Julia mia; ve aquí la confesion de mis defectos: yo me postro á tus pies, para reclamar tu indulgencia;

y suplicarte que ruegues á un hermano á quien tanto he agraviado, que ratifique unos lazos formados por el amor.

Fácilmente comprehenderá el lector la admiracion de Julia, y mucho mas la de Gerardo. No podía este comprehender cómo Julia se habia resuelto á ser esposa de un hombre que tan mal habìa tratado á su hermano; pero luego supo que Julia había ignorado el frio recibimiento que Dulis hizo á Gerardo: pues la dixéron que éste, por una disension que tuvo con los criados se habia ido de la casa sin ver á su amigo Dulis, el qual, sin duda,

le habria hecho el mayor agasajo. Desde entonces Gerardo siempre habia andado errante: ignoraba Julia su paradero, y la saliéron inútiles quantas tentativas hizo para informarle. En fin, obligada por una parte de los tormentos que Dupuis la hacia padecer en su cautiverio, y por otra de los amorosos juramentos de Dulis, cedió á éste su mano, sin el consentimiento de un hermano cuyo destino ignoraba.

Estaba Dulis á los pies de Julia; y ésta pedia á su hermano que perdonase las culpas de su esposo. No pudo Gerardo resistir los impulsos de su ternura. Tomó á emtram-

bos de las manos, y dixo; yo ratifico vuestra union: sea mi hermano quien fué mi antiguo amigo, y todos á un tiempo seamos dichosos.

Dulis se levantó, abrazó á su hermano y á su esposa, á la qual refirió las finezas que por él acababa de hacer tan generoso amigo. Gerardo interumpiendo esta narracion que ofendía su modestia, solo trató de proponer á su amigo un nuevo plan de conducta. Compara, le dixo, compara la suerte que vas á disfrutar con el falso explendor y los tumultuosos quanto arriesgados placeres en que han sumergido tu juventud unos pérfidos confidentes. El mis-

mo dia que llegué á tu casa, supe que habias muerto á un hombre en casa de una vilísima muger. Caminabas á la par con tus criados para cubrir tus crímenes, y cometer otros nuevos. Tal ha sido tu miserable exîstencia: pues tus flaquezas han malogrado en ti la índole mas bella. Ahora vas á conocer que la mediocridad constituye siempre la dicha del hombre, nacido para ser virtuoso: vas á encerrarte en el seno de tu esposa y de tu hermano, y vivirás esento de remordimientos. ¿ Y será posible ? exclamó Dulis. Podré jamás olvidar que en el momento mismo en que maltrataba á

mi amigo, y en que atentaba contra su libertad, le arrebataba la hermana con intencion de seducir su inocencia? ¡ah! ¡Gerardo! he faltado á todas mis obligaciones: nunca estará tranquilo mi corazon.— Yo te prometo que recobrarás el sosiego si olvidas tus malas inclinaciones, así como tu hermano y tu esposa olvidan sus agravios.

Añadió Gerardo algunas reflexîones morales, y se trató de que Dulis pagase á sus acreedores, y se hiciese público su casamiento. En el mismo dia se encargó á un notario el arreglo de estos asuntos. Algunos dias despues, el Magistrado

hizo que Dupuis restituyese á su amo lo que le habia robado, y condenó á este infame á galeras. Dulis cedió á sus acreedores quanto tenia, completandoles en dinero todos sus alcances; y despues vendió á gentes de providad sus efectos, de los quales sacó una suma considerable.

Arreglado todo, Dulis, Julia y Gerardo saliéron de Cambray, llevándose una suma de cien mil libras; y se estableciéron en la patria de Gerardo, donde comprároron una casa de campo con tierras adyacentes, que cultivadas con el mayor esmero, les proporcionáron

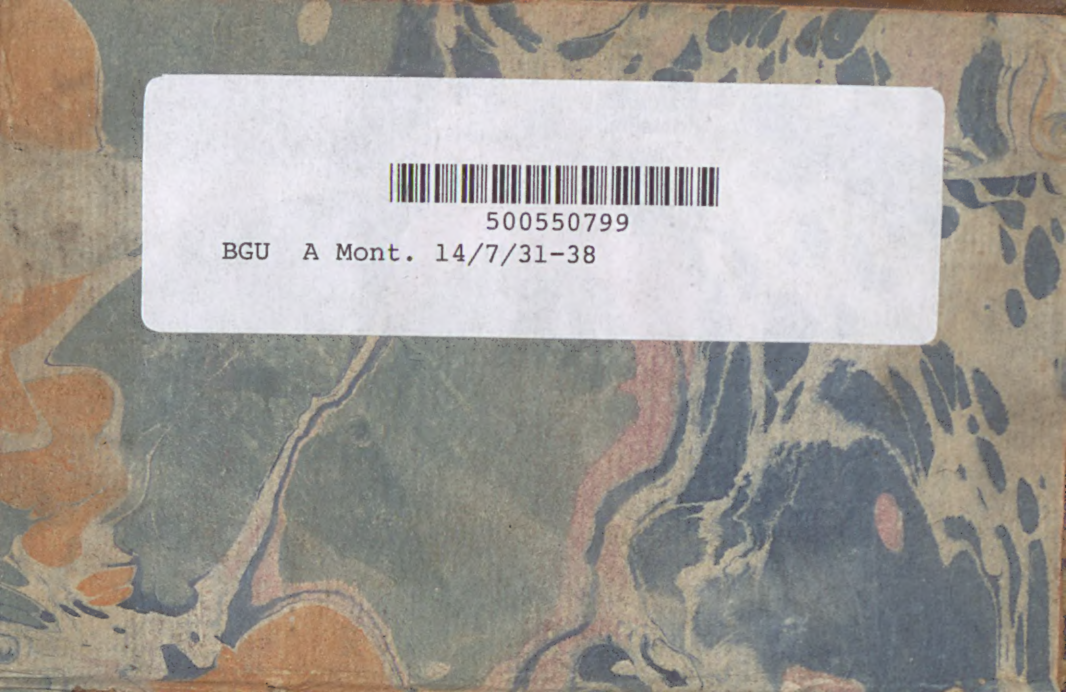
una honrada subsistencia. Dulis, que nunca olvidó los favores de Gerardo, pasó su vida en la práctica de las virtudes que habia abandonado tanto tiempo; tuvo hijos, que educó con todo desvelo y diligencia, y logró hacerlos útiles á sí propios y al estado. Gerardo se casó con la hija de uno de sus vecinos, y todos juntos viviéron en la mas pacífica y agradable sociedad.

Así acabó Armando la historia de los dos estudiantes; pero los muchachos sintiéron que no fuese mas larga. Sin embargo, ya era algo tarde, y Palemon, despues de

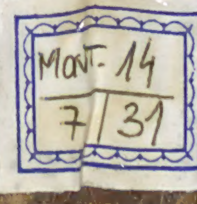
haber propuesto á sus hijos varias reflexîones sabias y christianas, sacadas de la historia que habian oïdo, se levantó para pasar con ellos á una mesa frugal; y todos se fuéron luego á disfrutar aquel suavísimo sueño que proporcionan siempre el trabajo y la pureza de espíritu.

FIN DEL TOMO PRIMERO.





TARDES
DE LA
GRANJA




colorchecker CLASSIC
calibrite
mm